



Universidad de
Oviedo



MÁSTER UNIVERSITARIO EN GÉNERO Y DIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

TRABAJO FIN DE MÁSTER

Roswitha Scholz y la crítica de la escisión del valor

TESIS DE MÁSTER

Elisa G. Gómez

Directora: Christina Jurcic

Oviedo, 18 de junio de 2023

TESIS DE MÁSTER

D^a: Elisa García Gómez

D.N.I.:

TÍTULO: Roswitha Scholz y la crítica de la escisión del valor

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE: Roswitha Scholz, escisión del valor, crítica del valor, feminismo marxista, capitalismo, patriarcado, género.

DIRECTORA: Christina Jurcic

1. Resumen en español

Este trabajo presenta y analiza la propuesta teórica de la autora alemana Roswitha Scholz, la cual viene desarrollando desde los años 80 del pasado siglo en el ámbito extraacadémico de los grupos de estudio y debate Krisis y EXIT! En la línea de autores como Anselm Jappe y Robert Kurz, Scholz parte de una relectura de obra de Marx para lanzar una crítica sin concesiones al feminismo marxista basado en la lucha de clases y en una asunción acrítica del instrumental teórico marxista para explicar la opresión de las mujeres, al cual contrapone su crítica de la escisión del valor, una propuesta que reabre el debate de la relación entre capitalismo y patriarcado desde una perspectiva renovada. Se profundizará en los aspectos esenciales de esta teoría y se considerarán sus limitaciones y dificultades, así como sus aportes al feminismo y algunas posibles vías investigación para seguir profundizando en el pensamiento de la autora.

2. Resumen en inglés

This paper presents the theoretical proposal by German author Roswitha Scholz, which she has been developing outside academic circles since the 1980s, as part of the discussion groups Krisis and EXIT! Similar to authors like Anselm Jappe and Robert Kurz, Scholz reinterprets the work of Marx to formulate radical criticism of Marxist feminism based on class struggle and the uncritical assumption of Marxist categories to tackle the oppression of women. Alternatively, Scholz proposes her theory of value dissociation, a renewed perspective to the debate on the relationship between capitalism and patriarchy. We examine crucial aspects of her proposal, its limitations and difficulties, as well as its contributions to feminism, pointing out at new avenues for research.

VºBº

LA DIRECTORA DE LA TESIS
DE MÁSTER

LA AUTORA

Fdo.: Christina Jurcic

Fdo.: Elisa G. Gómez



Universidad de
Oviedo

Máster Universitario en Género y Diversidad



DECLARACIÓN CONTRA EL PLAGIO

Dña. Elisa García Gómez, con DNI 53556795F, estudiante del Programa Oficial de Postgrado *Máster Universitario Género y Diversidad*, por la presente declaro que el trabajo adjunto es una creación original propia, en la que las ideas de obras ajenas que me han servido de inspiración o apoyo se encuentran debidamente referenciadas, con cita expresa de la fuente y autoría de que procedan.

Asimismo, declaro que los fragmentos de obras ajenas de cualquier naturaleza (escrita, sonora o audiovisual) o las obras aisladas de carácter plástico o fotográfico que he incluido en mi trabajo se encuentran debidamente identificadas como cita literal (entre comillas si se trata de textos) y con referencia a la fuente y autoría de la obra copiada.

Entiendo que de no haber actuado así habría incurrido en plagio, lo que supone un incumplimiento de las leyes, un atentado a los principios éticos del trabajo universitario y una falta de observancia de las instrucciones para la prevención del plagio aprobadas por la Comisión de Docencia del Máster y puestas a disposición del alumnado. Tal hecho habilitará a las personas encargadas de la evaluación y calificación de mi trabajo a no autorizar su defensa o a valorarlo desfavorablemente, según las circunstancias del caso.

En Oviedo, a 18 de junio de 2023

Fdo.: Elisa G. Gómez

ÍNDICE

Introducción	5
1. Metodología y marco teórico	6
1.1. Metodología.....	6
1.2. Marco teórico.....	7
1.3. Terminología	7
2. Acerca de la autora.....	10
2.1. Ruptura del Grupo Krisis.....	11
2.2. Carácter extraacadémico de su obra: motivaciones y limitaciones.	13
3. Feminismo marxista, marxismo tradicional y crítica del valor.....	15
3.1. Enfoques del feminismo marxista.	15
3.2. El marxismo tradicional y la crítica del valor.....	19
3.3. El feminismo marxista frente a la crítica del valor.....	23
4. La crítica de la escisión del valor	28
4.1. Bases teóricas	29
4.2. Valor y escisión como principio social.....	32
4.3. Trabajo abstracto y actividades femeninas.....	35
4.4. Desontologizar el patriarcado productor de mercancías.....	37
4.5. Relación contradictoria capitalismo-patriarcado	39
4.6. La crisis del patriarcado productor de mercancías	41
4.7. El Estado y la política según la crítica de la escisión del valor	43
4.8. Androcentrismo en Marx y el marxismo.....	44
Conclusiones.....	48
Problemáticas y propuestas de resolución.....	48
Principales aportaciones y posibles vías de investigación.....	51
Referencias	53

AUTORIZACIÓN PARA CONSULTA DE TESIS DE MÁSTER CON
FINES DE INVESTIGACIÓN

Dña. Elisa García Gómez con D.N.I , como autora de la Tesis de máster titulada: **“Roswitha Scholz y la crítica de la escisión del valor”** por medio de este documento expresa su autorización para que dicha obra sea utilizada con carácter no lucrativo y con fines exclusivos de investigación. Deberán respetarse, en todo caso, los derechos que le asisten, establecidos en el Real Decreto Legislativo 1/1996 de 12 abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y en particular, conforme a su artículo 14. 3º, el de que sea siempre reconocida su condición de autora del trabajo, con inclusión del nombre y la referencia completa de la fuente, cuando se proceda a la reproducción directa o indirecta del contenido o de las ideas que aparecen en él.

Lo que declara a los efectos oportunos.

En Oviedo, a 18 de junio de 2023

Fdo.: Elisa G. Gómez

Confiando el futuro revolucionario a la clase obrera, el marxismo ha ignorado a la mujer como oprimida y como portadora de futuro; ha expresado una teoría revolucionaria cuya matriz se halla en la cultura patriarcal.

(Carla Lonzi)

Introducción

Desde los años 70 del pasado siglo, la relación entre el capitalismo y el patriarcado ha sido objeto de acalorados debates y análisis dentro y fuera del feminismo. Sin embargo, en tiempos recientes las teorías posmodernas del género han ganado protagonismo, mientras que en el campo del marxismo han ido apareciendo nuevas críticas al así llamado ‘marxismo tradicional’, que hasta ahora no habían sido tenidas en cuenta por el feminismo. La autora alemana Roswitha Scholz, parte de estas nuevas perspectivas para relanzar el debate con una propuesta crítica que intenta explicar la relación inseparable entre el capitalismo y el patriarcado, a partir de una relectura de la crítica económica de Marx. El objetivo de este trabajo es presentar y discutir la propuesta teórica de esta autora, aún poco introducida en el ámbito académico español, así como problematizar ciertas nociones en tanto a su pretensión como metateoría unitaria. Para lo cual, el trabajo se divide en las siguientes partes: En primer lugar, se ofrecen unas breves notas biográficas sobre Scholz, con una especial atención al contexto extraacadémico en que se inscribe su obra. En segundo lugar, se sitúa su pensamiento dentro de las corrientes del feminismo marxista y se da cuenta del marxismo tradicional y la crítica del valor, que constituyen el punto de partida y el contrapunto de la crítica de esta autora. En tercer lugar, se expone la propuesta teórica de Scholz, la crítica de la escisión del valor, y se profundiza en algunos de sus aspectos más relevantes, como la relación entre patriarcado y crisis, el androcentrismo en Marx y el marxismo, o la ontologización del trabajo como categoría neutral y transhistórica en el feminismo. En el último apartado, se exponen dos dificultades encontradas desde un análisis inmanente a la propia teoría y dos propuestas de resolución, así como un balance de los aportes de la teoría de Scholz al feminismo y algunas posibles vías de investigación para seguir profundizando en el pensamiento de la autora.

1. Metodología y marco teórico

1.1. Metodología

Para la elaboración del trabajo se ha recurrido a manuales de filosofía e historia de la filosofía, publicaciones académicas como artículos de revistas, reseñas y tesis doctorales, así como materiales digitales en línea. Dado el carácter extraacadémico que ha marcado la producción y circulación de la obra de Scholz, este último recurso ha resultado especialmente valioso en el acceso a fuentes tanto primarias como secundarias, en formatos diversos que incluyen entrevistas, videoconferencias, enteadas de blog, y, sobre todo, artículos publicados en los sitios web de las revistas y grupos de estudio y debate en los que Scholz ha participado. Pese a que, como decimos, los planteamientos de esta autora han circulado fundamentalmente en ambientes políticos y teóricos al margen de la producción académica, en los últimos tiempos están apareciendo contenidos en español en revistas académicas de Chile, Argentina, México, Costa Rica y, en menor medida, España. Advertimos, no obstante, que el grueso de las traducciones de su obra se ha dado del alemán al francés y portugués, y escasamente al inglés.

A la hora de trabajar con estas fuentes, se evidencian tres dificultades que queremos señalar aquí. En primer lugar, el desconocimiento del idioma alemán ha supuesto una limitación considerable en la elaboración de este trabajo, ya que la mayor parte de la obra de Scholz no está traducida. Esto ha conllevado tener que recurrir a traducciones automáticas y segundas traducciones en algunas ocasiones, si bien se ha procurado reducir su uso al mínimo indispensable. Además, cabe señalar las pérdidas evidentes que todo proceso traductológico conlleva. En segundo lugar, las fuentes primarias manejadas comprenden artículos y entrevistas, en los cuales el pensamiento de Scholz se recoge solo de manera fragmentaria, dado que sus dos grandes obras aún no han sido traducidas. Esto ha dificultado aún más la reconstrucción de su pensamiento para una visión global. En tercer y último lugar, el estilo de Scholz es de por sí oscuro y poco accesible, algo sobre lo que la propia autora nos advierte al inicio de una de sus obras: «A quien las frases largas le resultan aborrecibles; para quienes los meandros y las circunvoluciones son insoportables . . . quien quiere leer mi texto en la playa; en resumen, quien quiere una ‘hamburguesa teórica’, ya debería alejar el libro de sus manos, de lo contrario sufrirá una decepción” (Scholz 2000, s.p.). En definitiva, dadas las dificultades, un primer acercamiento a esta autora puede resultar confuso e incluso fácilmente malinterpretado para el público hispanohablante. No obstante, esperamos haber podido

solventarlas aquí y que la lectura sirva para esclarecer algunas ideas e invite, sobre todo, a profundizar en el pensamiento de una autora brillante como es Roswitha Scholz.

1.2. Marco teórico

Dado que Scholz asienta su pensamiento en la dialéctica negativa de Theodor Adorno, hemos querido rescatar para este trabajo algunas nociones del feminismo afines a la crítica adorniana al iluminismo y la modernidad, para lo cual nos hemos servido de tres autoras que, al igual que la Escuela de Frankfurt, enfrentan el pensamiento occidental desde el propio norte global. Por un lado, hemos tomado la noción de alteridad de Simone de Beauvoir, según se expone en *Le Deuxième Sexe* (1949). También nos hemos servido de la crítica al androcentrismo del saber filosófico y científico de Celia Amorós, contenido en su obra *Hacia una crítica de la razón patriarcal* (1985). Por último, hemos incorporado las ideas de Carole Pateman acerca del contrato social como discurso patriarcal, articuladas en *The Sexual Contract* (1988).

Además, aunque no forma parte del marco teórico del trabajo propiamente dicho, cabe señalar aquí que se asumen algunas nociones básicas de la crítica de la economía política de Marx, según las interpreta la crítica del valor, y que son necesarias para entender adecuadamente el pensamiento de Scholz. Para no acabar dedicando demasiado espacio de este trabajo a su explicación en detrimento de un marco teórico específicamente feminista, que es lo que aquí nos interesa, las hemos asumido sin más. No obstante, se ha tratado de prescindir de su uso en la medida de lo posible, en favor de formulaciones más genéricas, si bien se trata de una terminología muy precisa y especializada que no se presta fácilmente a un lenguaje exotérico.

1.3. Terminología

Como en ninguna otra corriente política o filosófica, el feminismo se ve constantemente obligado a tener que explicar y justificar su conceptualización de la realidad para validarse como teoría ante la sociedad. De la capacidad del lenguaje para construir el pensamiento sabe mucho el feminismo: que ‘el hombre’ se utilice para designar a la humanidad entera, no tiene nada de inocente ni arbitrario. Que no existan palabras para nombrar la experiencia de las mujeres, y que cuando las construyamos sean puestas en entredicho, tampoco. Las feministas somos, pues, plenamente conscientes de “la capacidad causal de la actividad lingüística, es decir, la capacidad constructiva y

productiva dentro de los marcos y normas que regulan la acción e identidad social” (Navarro Ruiz 2016, 84). Por esto mismo decimos, contrariamente a lo que algunos teóricos hombres se empeñan en creer, que el lenguaje no puede ser nunca objetivo. Tampoco el lenguaje del marxismo: “las categorías ‘trabajo’, ‘riqueza’, ‘mercancía’, lejos de ser meramente descriptivas, son, al mismo tiempo, *prescriptivas* de un cierto modo de producir y de relacionarse con las relaciones materiales de producción” (ibíd. 99). Por tanto, es tramposo poner en duda las categorías del feminismo y no cuestionarse acerca de las propias. Aun con todo, adelantamos aquí algunos términos propios de la tradición crítica feminista asumidos en lo que sigue, además de otros meramente aclaratorios, teniendo por seguro que no vamos a cejar en el empeño de señalar y nombrar lo que nos oprime, ni a renunciar a la capacidad transformadora del lenguaje, porque, quizás más que en ningún otro campo, “en feminismo conceptualizar es politizar” (Amorós en Cobo Bedía 2005, 250).

Dominación y explotación

Hacemos una distinción irrenunciable entre el par terminológico ‘dominación’ y ‘explotación’. Por dominación (opresión, sometimiento, subordinación) entendemos un tipo de relación entre individuos y de estos con el medio basado en jerarquías de poder elevadas a principio de organización social, que atraviesa todos los planos de la sociedad, es estructural y forma parte del inconsciente socialmente compartido. Por explotación entendemos la forma específica que toma la dominación social en el plano socioeconómico. En el patriarcado capitalista supone la extracción de plusvalor del trabajo vivo productivo.

Trabajo, trabajo reproductivo y trabajo productivo

Se emplea el término ‘trabajo’ para designar las actividades y relaciones socioeconómicas que se dan en el capitalismo tanto en el ámbito productivo como en el reproductivo. Adelantamos aquí muy resumidamente las razones que guían esta elección terminológica, si bien se trata de nociones que se irán desgranando a lo largo del trabajo. Partimos de la constatación de que, en épocas precapitalistas, las actividades productivas no estaban en su mayoría escindidas del resto de actividades vitales (reproductivas, lúdicas, contemplativas, creativas...) o que estas se entremezclaban en mayor o menor grado. Con el advenimiento del patriarcado capitalista, sin embargo, dichas actividades

se racionalizan y quedan ahora divididas: por un lado las actividades productivas, asociadas a una lógica de ahorro del tiempo, y por otro las actividades reproductivas, asociadas a una lógica de gasto del tiempo. En definitiva, surge el trabajo, entendido como ese proceso de racionalización y escisión de las actividades vitales en la modernidad. Por tanto, se emplea el término ‘trabajo’ y sus dos vertientes ‘trabajo productivo’ y ‘trabajo reproductivo’ enfatizando su radical historicidad, de modo que ‘trabajo’ ya no sería tan solo el que genera plusvalor o relaciones fetichizadas, evitando además caer en la imprecisión de concebir el trabajo reproductivo como una actividad precapitalista, en un sentido transhistórico del término.

Esfera privada y esfera pública

Seguimos a Scholz en la distinción que hace entre la ‘esfera privada’ del hogar familiar y la ‘esfera pública’ de lo económico, estatal y político. Estas surgirían como instituciones modernas y, de forma general, el ámbito productivo coincidiría con la esfera pública económica y el ámbito reproductivo con la esfera privada. Sin embargo, debe mostrarse cierta cautela a la hora de asociar la esfera privada con el trabajo reproductivo de forma unívoca, ya que parte de este trabajo lo desempeña también el Estado en la esfera pública. Más bien, este par terminológico se emplea poniendo el énfasis en la creación de la nueva esfera privada del hogar como lugar de sujeción y relegación de la mujer en la modernidad. Quedan desestimadas, por tanto, las concepciones que plantean lo económico como espacio privado, a menudo acompañado de lo político como lo público. Estas concepciones androcéntricas –que frecuentemente resultan, además, transhistóricas, no dejan espacio para conceptualizar adecuadamente lo doméstico.

Plano material, plano socio-psicológico y plano simbólico-cultural

Seguimos también a Scholz en la división que hace de la totalidad social en tres planos o dimensiones: el plano ‘material’, el plano ‘socio-psicológico’ y el plano ‘simbólico-cultural’. El plano o dimensión material comprendería las relaciones socioeconómicas, basadas en la división sexual del trabajo en el patriarcado capitalista. El plano o dimensión socio-psicológica hace referencia a los comportamientos y la psicología de los individuos y cómo estos interactúan entre sí. En ocasiones aparece traducido al español como plano ‘psicosocial’, y se apunta al psicoanálisis como su herramienta de estudio privilegiada. Por último, el plano o dimensión simbólico-cultural

comprendería el mundo de las ideas y los conceptos, los cuales conforman un orden discursivo. Además, Scholz insiste en que los tres planos deben ser considerados en igualdad de condiciones: “[No] se puede asumir el primado del plano material de la división del trabajo por géneros/sexos, como hace el esquema tradicional de base–superestructura. Más bien hay que colocar los factores materiales, simbólico-culturales y psicosociales en el mismo nivel de relevancia” (Scholz 2020, 136).

Marxiano y marxista

El adjetivo ‘marxiano’ se emplea para referirse a la obra de Marx, así como las categorías y presupuestos teóricos contenidos en ella, mientras que ‘marxista’ hace referencia al desarrollo teórico y político que ha tenido lugar posteriormente. De forma más reciente, algunas autoras están recurriendo al término ‘marxiano’ para hacer referencia a una relectura de Marx alejada de la tradición obrerista y más enfocada en su análisis económico, como es el caso del ‘feminismo marxiano’ de Susan Ferguson, que define de la siguiente manera:

La escuela marxiana no es un grupo o *escuela* organizada explícitamente como tal. Esa designación es enteramente mía, basada en mi interpretación de quienes comparten una perspectiva teórica y política; la empleo aquí porque necesito una manera sucinta de referirme a feministas socialistas que, al igual que yo, han sido influenciadas por la obra de Lise Vogel. La califico de *marxiana* no para reclamar en exclusiva el manto de Marx, sino para destacar nuestra plena adhesión a la teoría del valor de Marx (Ferguson 2020, 149).

Retomaremos aquí la clasificación de Ferguson cuando exponamos los distintos enfoques del feminismo marxista.

2. Acerca de la autora

Roswitha Scholz nace en Nuremberg en 1959 en el seno de una familia de clase baja. Desde joven se interesa por la literatura, especialmente en ámbitos como el existencialismo, psicoanálisis, antipsiquiatría y feminismo (Scholz 2020, 209). A los diecisiete años, entra a formar parte de una agrupación de mujeres. Se forma como auxiliar farmacéutica y durante un tiempo trabaja de comercial en una empresa del sector. Posteriormente emprende estudios universitarios de pedagogía social, sociología y

filosofía, y comienza a profundizar en el marxismo crítico y la Escuela de Frankfurt, esenciales en el desarrollo de su enfoque teórico. En ese tiempo conoce al que luego sería su compañero de vida, Robert Kurz, implicándose ambos en la formación del Grupo Krisis, dedicado al debate y al estudio, cuya fecha oficial de constitución se marca en marzo de 1986. En 1992 escribe su popular artículo “El valor es el hombre” para la revista *Krisis*, un primer acercamiento a la crítica de la escisión del valor, donde ya vemos muchos de los planteamientos que Scholz desarrollará en posteriores trabajos. En 1999 aparece *Manifiesto contra el trabajo*, la obra más representativa del Grupo Krisis, donde también encontramos las tesis de la autora. Un año después, en 2000, ve la luz su primer libro: *Das Geschlecht des Kapitalismus* (El sexo del capitalismo), que supone la consolidación de la crítica de la escisión del valor. En este trabajo también realiza un análisis crítico de las distintas teorías feministas de izquierda del momento en los países de habla alemana, y apunta a la crisis del capitalismo y la globalización en relación con el género, problemáticas que continuarán teniendo una gran importancia en el transcurso de su obra. En 2004 el Grupo Krisis se divide, y varios de sus exmiembros, entre ellos Scholz y Kurz, fundan la revista *EXIT!*, a la que también se unirían autores como Anselm Jappe y Claus Peter Ortlieb. Poco después, en 2006, publica su segundo libro: *Differenzen der Krise - Krise der Differenzen* (Diferencias de la crisis - Crisis de las diferencias) donde ahonda en los problemas de la crisis económica y la globalización en conexión con el género y la identidad en el postmodernismo, tocando temas como la precarización, el antisemitismo, la individualización y la clase.¹ Desde entonces ha participado de forma regular en conferencias y entrevistas, tanto dentro como fuera de Alemania, y continuado su trabajo como redactora de *EXIT!* introduciéndose de manera creciente, en los últimos diez años, en la discusión de las teorías interseccionales y los estudios culturales (Navarro Ruiz 2019, 48).

2.1. Ruptura del Grupo Krisis

A menudo se ha señalado a Scholz como única responsable de la ruptura del Grupo Krisis. Sin embargo, hay que detenerse un momento en este asunto, pues resultan significativas las aclaraciones que la autora ha hecho a este respecto en una entrevista con Clara Navarro (Scholz 2020, 211-213).

¹ Su primer libro ha sido traducido al francés por la editorial Crise & Critique en 2019. No nos consta que existan otras traducciones de sus dos obras principales.

Partimos de que, en sus inicios, la agrupación estaba compuesta exclusivamente por hombres, con un claro sesgo androcéntrico: “La crítica del valor de entonces, dicho suavemente, no era especialmente receptiva hacia el feminismo” (ibíd.). Cuando Scholz introduce sus ideas, se desatan fuertes discusiones y resistencias: “La crítica de la escisión del valor había de ser únicamente un aspecto de la crítica del valor, no su fundamento básico. . . . La escisión [del valor] había de estar categorialmente subordinada al valor” (ibíd.). Pero, además de las discrepancias en el contenido, “la atmósfera general en el grupo –como en muchos grupos de izquierda– estaba marcada por un comportamiento sexista. Esto llegó hasta el punto de que un integrante del Grupo me dio una bofetada tras una diferencia de opiniones” (ibíd.). Por otro lado, Kurz –defensor de las tesis de Scholz– había sido considerado desde un inicio la mente maestra y el motor de Krisis. Sin embargo, ahora se le empezaba a acusar por eso mismo: surgen “ambiciones personales, sentimientos de competencia y problemas de autoridad” (von Bosse et al. 2004) hacia Kurz por parte de otros hombres del grupo. “Se trató –de acuerdo con el cliché– de un asesinato del padre en el clan de los varones” (ibíd.). Cuando, ya en la década de los 2000, se intentó excluir a la única otra mujer que había entrado a formar parte de la redacción por haber “rechazado a un hombre del Grupo que había intentado ligar con ella” (ibíd.), la división se consumó y apareció *EXIT!*, donde los planteamientos de Scholz se aceptaron desde el principio como fundamento básico.

Lejos de tratarse de algo anecdótico, un caso aislado y particular, este es otro ejemplo del carácter estructural del patriarcado moderno. Si bien, con sus planteamientos acerca de la crítica de la escisión del valor, Scholz dice haber “perturbado la paz del clan de varones” (ibíd.), lo que esta entrevista nos demuestra es una tendencia general, que permea en todos los ámbitos de la sociedad. Incluso en los círculos de izquierdas más críticos, se sigue cayendo una y otra vez en actitudes sexistas y un discurso androcéntrico interiorizado y no cuestionado, de forma que el machismo, la intransigencia y las luchas de poder masculinas a menudo marcan los ritmos también en dichos círculos. Esto resulta evidente cuando analizamos cuestiones como quién toma la palabra y la duración de los turnos de palabra en grupos no mixtos, cuánto y cuándo se tienen en consideración los argumentos de las mujeres, quién ostenta la portavocía en dichos grupos, etc. El mismo hecho de achacar a nuestra autora toda la responsabilidad en la ruptura del Grupo Krisis “también forma parte de los clichés” (ibíd.), como evidencia la propia Scholz. No tomar en consideración estos sesgos de género en las reuniones de, por ejemplo, grupos de debate o asambleas de movimientos sociales, resulta preocupante y muy problemático ya

no solo a nivel personal, sino también en cuanto a las consecuencias que conlleva en el desarrollo teórico y la praxis política.²

2.2. Carácter extraacadémico de su obra: motivaciones y limitaciones

Una especificidad de la producción de Scholz es su carácter extraacadémico. Al igual que Kurz y otros miembros de Krisis y EXIT!, la trayectoria de Scholz se ha mantenido siempre al margen de las instituciones académicas. No podemos pensar que este hecho sea meramente contingente. Daniel Ascunce señala como uno de los rasgos característicos de la crítica del valor “su rechazo expreso a integrarse en la academia y su voluntad de trabajar al margen de ella. . . . De hecho, sus planteamientos se han popularizado más en entornos activistas y alternativos que oficiales” (Ascunce Parada 2017, 15). También Jappe remarca que la crítica del valor “emergió en los márgenes de los espacios usuales del debate” (Jappe 2016, 109), y que su “grupo nuclear compuesto por Kurz, Peter Klein, Roswitha Scholz, Ernst Lohoff y Norbert Trenkle, . . . ninguno de ellos era académico, periodista o intelectual de profesión. Kurz mismo no dejó nunca de ganarse la vida trabajando en turnos nocturnos para una empresa que repartía periódicos –la independencia tiene un precio” (Jappe 2016, 110). Este rechazo queda patente en varios artículos de Scholz, donde encontramos algunos comentarios breves que nos dan una pista para entender las razones detrás de tal posicionamiento.

Acerca de la institución universitaria, Scholz ha criticado la rigidez de sus estructuras organizativas y el uso de métodos preestablecidos que dificultan la introducción y producción de ideas y formas de hacer rupturistas, contestatarias, o simplemente distintas y nuevas (Scholz 2020, 240). También considera que allí se perpetúan las lógicas dominantes del rendimiento y la productividad, contrarias a sus ideas, las cuales buscan desarrollar un imaginario de la ‘buena vida’, como veremos más adelante (Scholz 2019, 104). Se muestra igualmente crítica con la supuesta ‘seriedad científica’ de la investigación académica, que “amenaza con perder fuerza y realmente no

² Un ejemplo de la incidencia del machismo y el androcentrismo en la praxis política de los grupos de izquierda lo vemos en las luchas por la memoria histórica de las víctimas de la guerra civil española y la dictadura franquista. Las víctimas políticas y sindicales fueron las primeras en ser reconocidas, la presión de los grupos que reclamaban justicia y reparación para los represaliados políticos desembocó en la Ley de Memoria Histórica de 2007. Sin embargo, esta ley no recogía a otras víctimas ‘de segunda’: las madres de bebés robados. Durante el franquismo y hasta bien entrada la democracia, miles de bebés fueron arrebatados de sus madres por ser republicanas, solteras, pobres o jóvenes. Estas víctimas no gozaron del mismo grado de consideración en el transcurso de dichas luchas por la memoria, fueron relegadas por ser su causa de tipo social y no política, es decir, por encontrarse más allá de la esfera pública masculina. Como consecuencia, a día de hoy, la Ley de Memoria Democrática de 2022 solo recoge de forma marginal a estas víctimas sociales, y la proposición de ley sobre bebés robados permanece bloqueada y en tramitación parlamentaria.

molesta a nadie” (Scholz 2011, s.p.), pues, para Scholz, lo verdaderamente importante en la investigación es que pueda servir para plantear una teoría social crítica y radical.³ Considera que el feminismo académico se aleja de esa búsqueda de una teoría social porque “parte de una comprensión de la sociedad puramente sociologicista. En la universidad alemana ya se ha intentado dar un giro sociológico y politológico a mi teoría de la escisión del valor” (Scholz 2020, 240). Al permanecer en un nivel puramente relacional de los distintos planos sociales se pierde de vista la totalidad, se omite el necesario esfuerzo de abstracción que permite sacar a la luz principios generales que rigen la sociedad. La parcialidad que implica una investigación que no va más allá del estudio sociológico tiene el riesgo de caer en perspectivas reformistas e “inmanentes al sistema” (Scholz 2019, 104), es decir, que no superan las lógicas internas de la realidad que describen, tan solo intentan mejorarlas.

Esta radicalidad en los planteamientos ha llevado a la autora alemana a publicar la mayor parte de su trabajo en medios al margen del circuito académico, principalmente en las revistas de las agrupaciones de las que ha formado parte. Este rechazo del academicismo también va acompañado de una reivindicación y “defensa de la rigurosidad del trabajo teórico que se puede dar en grupos de estudio extrainstitucionales como en los que [Scholz] participa” (Ascunce Parada 2017, 37). No obstante, el desarrollo de la crítica en estos círculos suele ir unido a la exigencia de praxis que marcan el activismo y la militancia. Ante esto, autores como Jappe se han posicionado reclamando la autonomía de la teoría: “Es preciso que la crítica se sustraiga a la exigencia permanente de señalar soluciones sobre el terreno. . . . En efecto, si no estuviese permitido pensar o decir más que lo que puede traducirse aquí y ahora en una forma de acción, ya no sería posible formular un pensamiento radical” (Jappe 2011, 15).

Por otro lado, son muy numerosas las críticas que se han realizado acerca de la producción del conocimiento en las instituciones académicas de occidente. Muchas y muy ricas desde los feminismos de todo signo. Scholz apunta a su carácter reformista o continuista, como hemos visto líneas más arriba, pero también se ha señalado en múltiples ocasiones su sesgo colonial y androcéntrico. Además, la hegemonía de las universidades en la producción del conocimiento y la investigación, con sus jerarquías internas de calidad y prestigio, dificulta enormemente la circulación de los saberes que se generan al margen de las mismas, los cuales a menudo no trascienden más allá de un nivel de

³ Traducción propia. Pueden consultarse las fuentes originales en alemán de los artículos de Scholz traducidos en este trabajo en el sitio web de la revista *EXIT!*: exit-online.org.

activismo y lucha política, permaneciendo en la periferia de las instituciones oficiales que ostentan el poder. Esta ha sido sin duda una de las razones del escaso alcance y difusión que ha tenido la obra de Scholz hasta el momento. No obstante, decía la feminista anarquista Louise Michel en su discurso “Toma de posesión” de 1890 que “es preciso que la verdad ascienda desde los tugurios, porque desde lo alto no se desprenden más que mentiras”. Mantener esta posición crítica, como lo hace Scholz, nos permite explorar nuevas vías para pensar la utopía, y permanecer alerta frente al discurso ideológico dominante, que constantemente amenaza con permear en todos los ámbitos de la sociedad. Si bien no nos detendremos más en este asunto, cabe mencionar que ha sido precisamente la falta de difusión de esta autora deliberadamente apartada de la academia, la que nos ha impulsado en la realización del presente trabajo.

3. Feminismo marxista, marxismo tradicional y crítica del valor

Como decíamos al inicio de este trabajo, el marxismo tradicional y la crítica del valor constituyen el punto de partida y contrapunto de la teoría de Scholz. Por tanto, en este apartado analizaremos tres aspectos fundamentales para situar a la autora en el contexto adecuado. Por un lado, haremos un breve repaso de las corrientes del feminismo que históricamente se han ocupado de Marx y el marxismo. Como se trata de un campo muy amplio, nos ceñiremos únicamente a los antecedentes inmediatos de la autora, desde los años ochenta hasta la actualidad. Por otro lado, situaremos la crítica del valor dentro de las corrientes marxistas contemporáneas, y veremos en qué se diferencian estas nuevas lecturas de Marx frente al llamado ‘marxismo tradicional’. Por último, veremos cómo dialoga y qué lugar ocupa la crítica de Scholz con relación a las distintas corrientes del feminismo marxista y el marxismo contemporáneos.

3.1. Enfoques del feminismo marxista

La relación entre feminismo y marxismo es de muy largo alcance, pues ya en los propios textos de Marx y Engels encontramos las primeras teorizaciones acerca del vínculo entre el capitalismo, la reproducción social y la familia. Por tanto, pretender una genealogía completa de esta relación excedería la extensión y los objetivos del presente trabajo. Situándonos en un contexto temporal más cercano a Scholz, podemos establecer como punto de partida el artículo de Heidi Hartmann, “The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism”, de 1979, al comienzo del cual encontramos la conocida cita

“marxismo y feminismo son una sola cosa, y esa cosa es el marxismo” (Hartmann 1979, 2). Esta frase sintetizaba la crítica que Hartmann lanzaba a los que, hasta entonces, ella consideraba intentos infructuosos de relacionar feminismo y marxismo, intentos que, según la autora, acababan siempre por relegar la así llamada ‘cuestión de la mujer’ a una contradicción secundaria.

Retomamos esta cita para distinguir los dos caminos que, desde aquella segunda ola del feminismo, tomarían las teóricas ocupadas en estudiar la problemática relación entre patriarcado y capitalismo. De un lado estaban las que consideraban ambos como dos principios de organización social diferenciados y paralelos con su propia lógica interna, como desarrollarían el feminismo radical y de la diferencia; del otro, las que trataban de vincular capitalismo y patriarcado como pilares de un mismo sistema civilizatorio, aplicando nociones del marxismo para dar cuenta de un ‘capitalismo patriarcal’ o ‘patriarcado capitalista’. Con estas últimas podemos hablar ya de feminismo marxista, si bien los debates internos llevaron a posturas diversas dentro de esta corriente.⁴ El tema principal en torno al cual ha girado el grueso de los análisis del feminismo marxista es el trabajo de reproducción social —o de cuidados, que realizan mayoritariamente las mujeres en el espacio privado del hogar. A grandes rasgos, distinguimos dos posturas entre las teóricas que se han centrado en este tema: las feministas autonomistas y las feministas marxianas.⁵ La principal diferencia entre ambas está en si se consideran las tareas domésticas como trabajo productivo o improductivo, es decir, si crean o no valor en términos marxianos.

El feminismo autonomista tiene sus orígenes en el movimiento autónomo italiano de los años sesenta. Las defensoras de esta postura consideran que, en el capitalismo contemporáneo, se dan tres circunstancias por las que las tareas reproductivas pueden concebirse como productoras de valor: “1) la extensión de los patrones de control del trabajo por fuera de los límites de la jornada laboral; 2) la creciente externalización de los costos de la reproducción social sobre los agentes particulares; 3) el aumento de la

⁴ Según la distinción que aquí hacemos, figuras de principios del siglo XX como Alexandra Kollontai, Rosa Luxemburg y Clara Zetkin podrían ser consideradas como antecesoras o precursoras del feminismo marxista, pero no como feministas marxistas propiamente dichas, ya que la idea del patriarcado como fundamento estructurante de la sociedad no fue discutida, analizada y sistematizada hasta la segunda ola del feminismo. Podemos considerarlas, más bien, teóricas socialistas y comunistas que, además, se interesaban por la opresión y el lugar que ocupaban las mujeres obreras en el proyecto socialista.

⁵ Retomo aquí la clasificación que hace Susan Ferguson en su obra *Mujeres y trabajo. Feminismo, trabajo y reproducción social* (2020), ya que resulta más clarificadora que la que puede encontrarse en otros lugares, a saber: ‘feminismo autonomista’ y ‘feminismo de la reproducción social’. Ambas corrientes centran su análisis en el trabajo de reproducción social, a diferencia de otros feminismos marxistas que se enfocan en otras cuestiones, por tanto, ambas pueden considerarse como feminismo de la reproducción social.

subsunción formal del trabajo al capital” (Alfieri 2022, 180). En esta corriente encontramos a autoras italianas como Leopoldina Fortunati y las defensoras del salario para el trabajo doméstico (*Wages for Housework*) Silvia Federici y Mariarosa Dalla Costa.⁶ Fortunati propone la idea de un intercambio indirecto entre trabajo reproductivo y capital:

Si la fuerza de trabajo es la mercancía esencial para el capital, y si esta es producto del trabajo de reproducción, entonces existe un intercambio entre las mujeres y el capital. Por lo cual, el trabajo doméstico es trabajo que produce valor. Esto permite concluir que existe una apropiación y extracción de plusvalor del trabajo doméstico por parte del capital (Fortunati en Torres Gaxiola 2022, 88-89).

En el territorio español tenemos a Lidia Falcón y las teóricas de los Colectivos Feministas y el Partido Feminista de España, que llegaron a defender la idea de las mujeres como clase social y el trabajo doméstico como un modo de producción aparte del modo de producción capitalista, en la línea de la francesa Christine Delphy.⁷

El feminismo marxiano, por su parte, considera que las autonomistas se basan “de forma imprecisa y un tanto aleatoria en categorías marxianas” (Ferguson 2020, 152). Esta escuela trata de aplicar de forma rigurosa los conceptos de la crítica de la economía política en los términos que Marx la describe a partir de 1867 en su obra *Das Kapital*. Para estas teóricas, las tareas del hogar crean valores de uso, no de cambio, es decir, no son abstraídas de su valor de uso mediante el nexo monetario, y con ello no entran a formar parte de la circulación de las mercancías y no generan plusvalía. Pero, además, la mayoría del trabajo de reproducción social que se lleva a cabo fuera del hogar y es remunerado tampoco es productivo, con la excepción de “el trabajo de reproducción social remunerado que llevan a cabo empresas lucrativas. . . . En estos casos, el producto del trabajo de reproducción social se intercambia en el mercado (aunque también produzca fuerza de trabajo)” (Ferguson 2020, 150). Además de la propia Susan Ferguson, en esta corriente también se sitúan otras feministas americanas como Lise Vogel y Nancy Fraser, coautora esta última del *Manifiesto de un feminismo para el 99%* (2019), una crítica anticapitalista al feminismo liberal de los últimos tiempos.⁸

⁶ Fortunati, *L'arcano della riproduzione* (1981). Federici, *Caliban and the Witch* (2004). Dalla Costa, *The Power of Women and the Subversion of the Community* (1972).

⁷ Falcón, *La razón feminista* (1981). Delphy, *L'ennemi principal* (1998).

⁸ Vogel, *Marxism and the Oppression of Women* (1983). Fraser, *Cannibal Capitalism* (2022).

Sin embargo, no todas las estudiosas de la relación entre capitalismo y patriarcado lo han hecho tomando como punto central el trabajo de reproducción social. Autoras como Gayatri Spivak, bell hooks, Angela Davis o Maria Mies amplían y complejizan el debate al incorporar el colonialismo como eje fundamental de opresión.⁹ Davis señala que el ama de casa a jornada completa refleja una realidad parcial, basada en las condiciones sociales de la burguesía y las clases medias, y que, en Estados Unidos, las mujeres inmigrantes y negras llevan incontables décadas percibiendo salarios por su trabajo doméstico como criadas en los hogares de las mujeres blancas (Davis en Ferguson, 2020, 129). Esta crítica pone sobre la mesa la necesidad de incorporar una mirada interseccional en el feminismo.

Hemos querido dejar para el final al otro gran grupo, las “divorciadas del marxismo”. Aquellas autoras que, como Hartmann, consideran que no es posible explicar la opresión de las mujeres desde el instrumental analítico marxiano, sino que hace falta incorporar una visión propiamente feminista, que tenga en cuenta otros aspectos más allá de lo económico para explicar el patriarcado y su intersección con el capitalismo:

Las categorías del marxismo son ciegas al sexo. Solo un análisis específicamente feminista revela el carácter sistemático de las relaciones entre hombre y mujer. Sin embargo, el análisis feminista por sí solo es insuficiente, ya que es ciego a la historia y no es lo bastante materialista. Hay que recurrir tanto al análisis marxista, y en particular a su método histórico y materialista, como al análisis feminista, y en especial a la identificación del patriarcado como estructura social e histórica (Hartmann 1979, 2).

Scholz es afín a esta idea, algo que queda claro en su negativa a conceptualizar el trabajo reproductivo como ‘trabajo’, tratando de distanciarse así de las categorías marxianas como ‘trabajo abstracto’, ‘valor de uso’, ‘valor de cambio’, ‘plusvalía’, etc. para designar aquellas tareas que realizan mayoritariamente las mujeres y que no son subsumibles bajo la forma valor. En su lugar empleará el término ‘actividades femeninas’, algo que veremos en detalle más adelante. Sin embargo, la postura de Scholz es distintiva y no cae tan fácilmente dentro de este otro gran grupo de teóricas que hemos descrito, sino que, como Hartmann proponía, su teoría trata de aplicar el materialismo histórico al análisis feminista, y recurre sistemáticamente a ideas que proceden de la crítica del valor,

⁹ Spivak, “Can the Subaltern Speak?” (1988). bell hooks, *Ain't I a Woman?* (1981). Davis, *Women, Race and Class* (1981). Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale* (1986).

para dar cuenta de la relación inseparable entre patriarcado y capitalismo, desde un punto de vista innovador que acuñará como ‘patriarcado productor de mercancías’.

3.2. El marxismo tradicional y la crítica del valor

Coincidiendo con la caída del Muro de Berlín y del Bloque del Este, y el ascenso del neoliberalismo a escala mundial en los años ochenta y noventa del pasado siglo, “comenzaron a surgir diferentes corrientes de lectura de la obra de Marx [que] buscaban renovar las posibilidades teóricas del marxismo” (Torres Gaxiola 2022, 87). Estas nuevas corrientes del marxismo se distanciaban de las habidas hasta entonces en el desplazamiento del conflicto de clase como punto central del análisis del capitalismo en favor de otras perspectivas que diesen cuenta de fenómenos contemporáneos como la creciente individualización, la globalización, o la crisis medioambiental. Es en este contexto que surge la crítica del valor:

Una crítica despiadada a todas las variaciones del capitalismo, por lo general expresada con una genuina indignación, acompañada de una crítica igualmente despiadada a los enfoques tradicionales de la teoría anticapitalista: la lucha de clases y el proletariado como sujeto revolucionario, la defensa del trabajo y los trabajadores y la conceptualización del capitalismo como un modo de producción que consiste esencialmente en la dominación de la ‘clase capitalista’ que posee los medios de producción (Jappe 2016, 109).

Paralelamente, el académico estadounidense Moishe Postone desarrollaba una concepción similar al grupo alemán, designando como ‘marxismo tradicional’ a dichas corrientes anticapitalistas enfocadas en la confrontación entre clase burguesa y proletariado:

El termino ‘marxismo tradicional’ hace referencia no a una tendencia histórica específica en el marxismo, sino, en general, a todos los enfoques teóricos que analizan el capitalismo . . . en términos de relaciones de clase, estructuradas por la propiedad privada de los medios de producción y por una economía regulada por el mercado. Las relaciones de dominación son entendidas principalmente en términos de dominación de clase y explotación (Postone 2006, 14).

Son corrientes que centran el conflicto en cómo se distribuye la riqueza, en lugar de cuestionar el modo de producción de riqueza capitalista en sí mismo, la producción de

valor. Por tanto, estos enfoques perpetúan la lógica de la acumulación. La raíz del problema se hallaría en la conceptualización de la categoría de ‘trabajo’: “El marxismo tradicional la ha ontologizado. Esto es, ha asumido la categoría de trabajo como un concepto transhistórico, . . . como la esencia misma del ser humano” (Torres Gaxiola 2022, 89). El marxismo tradicional, expresado en la lucha sindical, lo glorifica y exige como derecho básico. Sin embargo, el trabajo como relación social tal y como se da en el capitalismo, es un hecho histórico concreto con apenas dos siglos de recorrido. Si bien el intercambio de mercancías también ha existido en épocas precapitalistas, este suponía tan solo una pequeña parte del conjunto de actividades productivas humanas, las cuales no estaban, por norma general, separadas del resto de actividades vitales: reproductivas, lúdicas, creativas, contemplativas, etc.¹⁰

Por tanto, la crítica del valor demostró que los enfoques tradicionales eran “insuficientes, ‘críticas inmanentes’ que apenas apuntaban a distribuir y administrar mejor las categorías básicas del capitalismo, y no a abolirlas” (Jappe 2016, 109). En este sentido, los intentos socialistas de la Unión Soviética no habrían supuesto realmente “una ‘alternativa’ al sistema capitalista” (ibíd.), en tanto que “las categorías centrales del capitalismo (mercancía, valor, trabajo, dinero) nunca fueron abolidas” (ibíd.) en estos países. En definitiva, para la crítica del valor, “la superación del capitalismo requiere la abolición del trabajo” (Torres Gaxiola 2022, 88). No se trata de la emancipación de la clase obrera, sino de su abolición. Así lo dejaba claro el Grupo Krisis en el cierre de su *Manifiesto contra el trabajo* (Virus, 2018): “¡Proletarios de todo el mundo, dejadlo ya!”¹¹

Pero, de hecho, en la nueva fase del capitalismo la clase obrera tal y como se ha entendido históricamente desaparece, en favor de otras posiciones sociales precarias y atomizadas: trabajo a tiempo parcial y contratos temporales, trabajo ilegal, migrante, no remunerado, autoempleo (von Werlhof 1988, 171). Las biografías laborales son cada vez más discontinuas y aparecen inconsistencias de estatus, al tiempo que las relaciones de clase se vuelven fragmentarias y complejas (Scholz 2008, s.p.). Como ampliamente explora Claudia von Werlhof en su artículo “The Proletarian is Dead: Long Live the Housewife!” (Zed Books, 1988), esta nueva etapa del capitalismo “supone el fin del

¹⁰ Para ilustrar esto podemos recurrir al ejemplo de la tradición asturiana, donde encontramos actividades como la andecha, la sextafería y la esfoyaza. Esta última, que consistía en deshojar y enristrar las mazorcas del maíz cosechado durante el otoño, no solo era una tarea comunitaria, sino que también suponía un lugar de encuentro durante y después del cual había canciones, cuentos, cortejo, convite y juegos, entre ellos la elaboración de muñecas con las hojas del maíz.

¹¹ Esta exclamación en tono de burla es una reformulación del lema de Flora Tristán “¡Proletarios del mundo, uníos!”, posteriormente popularizado en el *Manifiesto comunista*.

trabajador asalariado ‘libre’” (von Werlhof, 169). La adaptación de las economías locales a la nueva economía mundial da paso a formas de trabajo ‘sometido’ (*unfree*) y feminizado. Von Werlhof considera que, incluso en épocas anteriores del capitalismo, el proletariado era más bien una abstracción idealizada que una realidad: “El trabajador asalariado proletario es un fenómeno minoritario durante una fase particular del capitalismo y se limita a determinadas áreas del planeta. . . . El ‘prototipo’ del trabajador asalariado proletario –varón, blanco, mayor de edad, de ciudad y del sector industrial– es aún menos común” (von Werlhof 1988, 171). En cambio, el “sector informal” (ibíd.), compuesto por “mujeres, campesinos, artesanos, pequeños comerciantes” (ibíd.), siempre ha sido la verdadera base del capitalismo: “La condición general en que se encuentra la mayor parte de los seres humanos en el capitalismo. . . . Sometidos, desiguales, insolidarios, rodeados de violencia, miseria y opresión, sin derechos ni poder, desorganizados, sin salario ni propiedades, inseguros, pasando hambre y frío... pero trabajando” (von Werlhof 1988, 174). Con el advenimiento de la nueva fase del capitalismo, las posiciones sociales típicas de las mujeres y del Tercer Mundo se generalizan también para el conjunto de la sociedad en occidente.

Por otro lado, la personificación del capitalista como el actor social que controla y es el responsable en última instancia del modo de producción capitalista es, para la crítica del valor, también una posición errada. La producción de mercancías responde a un mecanismo ciego de acumulación y ampliación, el cuál se impone también sobre los dueños de los medios de producción, sean sus intereses más o menos honestos: “Crear en la existencia de una conspiración oculta por parte de los capitalistas es una forma de mentirse a sí mismo” (Jappe 2016, 115). Si bien “juegan evidentemente un rol importante, . . . no constituyen la esencia del capitalismo” (ibíd.). Una visión personalista del capitalismo desvía la atención del carácter autónomo que adquiere el movimiento de las mercancías, por el cual “la humanidad caería así en una condición de heteronomía en la medida en que no controla conscientemente las relaciones sociales que ella misma ha constituido” (Catalina 2021, 628).

No vamos a entrar a analizar los fundamentos de la crítica de la economía política de Marx que explican dicha autonomía o automovimiento del capital, si bien asumimos aquí el esquema básico de circulación de las mercancías en el capitalismo: D-M-D’, donde D’ representa el dinero inicial más una plusvalía; y reconocemos también como fin último del ciclo de producción mercantil la acumulación de plusvalía, el cuál tan solo puede obtenerse mediante la explotación de la fuerza de trabajo humana; para dar paso

así a la que, sin duda, ha sido la proposición más rupturista y controvertida de la crítica del valor del Grupo Krisis, la idea del ‘límite interno del capitalismo’.¹² Según este principio, la propia dinámica económica en el capitalismo lleva, inevitablemente, a su autodestrucción. A grandes rasgos, la causa estaría en la necesaria y constante incorporación de progresos tecnológicos en la producción, que aumentan la productividad y reducen la cantidad de mano de obra necesaria (Jappe 2016, 116). Pero, dado que las tecnologías no crean valor, una reducción del trabajo humano implica necesariamente una disminución del valor total de las mercancías, es decir, su ‘desvalorización’ generalizada: “El plusvalor, único propósito de la producción capitalista, solo puede extraerse del trabajo humano vivo. . . . Cuanta más fuerza de trabajo desplaza la tecnología, tanto más el sistema debe poner a funcionar trabajo vivo en otros sectores, y preferiblemente de forma masiva” (von Werlhof 1988, 178). Este mecanismo de compensación de la desvalorización mediante “la expansión absoluta de la producción, que llenó el mundo de mercancías” (Jappe 2016, 116) solo fue posible durante un tiempo. “Con el fin de la era fordista” (Jappe 2016, 117), el capitalismo entra en una fase de retroceso que auspicia una crisis generalizada: “La cantidad absoluta del valor, y por extensión de la plusvalía, está cayendo precipitadamente. Esto coloca en crisis a toda la sociedad. . . . Masas crecientes de seres humanos ‘superfluos’ que no son necesarios para la producción y por ende incapaces de consumir” (ibíd.).¹³ Es decir, la desvalorización conduce a la precarización generalizada y la “obsolescencia del trabajo” (Scholz 2020, 248). En la actual fase neoliberal del capitalismo, la economía se mantiene a flote mediante el capital ficticio y la especulación, retrasando así el momento de crisis. A este límite interno habría que sumar también los límites externos del capitalismo: la crisis medioambiental y energética. En resumidas cuentas, para la crítica del valor:

No se profetiza, por lo tanto, un colapso futuro del capitalismo, sino que se constata la crisis que *ya está teniendo lugar* más allá de las breves reactivaciones cíclicas, y que está lejos de ser sólo económica. . . . No es posible el retorno al pleno empleo y a las recetas keynesianas, al rol central del Estado y al *welfare* de antaño: su abandono no se debió a una conspiración dirigida por los economistas

¹² Encontramos aquí una diferencia fundamental con la corriente crítica del valor de Moishe Postone que, a diferencia del grupo alemán, no teoriza una crisis irreversible del capitalismo. Aparte de Postone y Grupo Krisis, la revista *Streifzüge* en Austria, así como el académico francés Jean-Marie Vincent, también han desarrollado una teoría crítica del valor.

¹³ La época fordista, en referencia a la cadena de montaje ideada por el empresario estadounidense Henry Ford, corresponde a la imagen prototípica del capitalismo de principios del siglo XX: fábricas de largas chimeneas, obreros apretando tornillos y producción en masa de mercancías.

neoliberales y los capitalistas más avaros, sino a que la dinámica capitalista entera estaba perdiendo el aliento (Jappe 2016, 118-119).

3.3. El feminismo marxista frente a la crítica del valor

Hemos hecho un repaso de los puntos fundamentales de la crítica del valor que Scholz retomará e incorporará a su análisis, a saber: la crítica del marxismo de clases y el obrero como sujeto revolucionario; la crítica, así mismo, de las visiones personalistas del capitalismo; la radical historicidad del trabajo y la necesidad de su abolición; y la constatación del actual momento de crisis del capitalismo en un contexto de desclasamiento y exclusión. No obstante, Scholz también considera las limitaciones de la crítica del valor para explicar la opresión de las mujeres y las estructuras de dominación patriarcal que se despliegan más allá del plano socioeconómico, lo que veremos en detalle en el siguiente apartado, cuando analicemos su crítica de la escisión de valor. De momento, estas nociones son suficientes para realizar ya una primera crítica a las corrientes feministas marxistas contemporáneas que hemos visto.

Como adelantábamos líneas más arriba, una primera crítica fundamental que Scholz lanza a los feminismos marxistas es la aplicación y adaptación del instrumental analítico marxiano para dar cuenta del trabajo reproductivo y, en general, de las estructuras de dominación patriarcales, algo que aplica tanto para el sector autonomista como marxiano. Para Scholz, las nociones de la crítica de la economía política pertenecen “al universo mercantil androcéntrico-abstracto” (Scholz 2019b, 65), y no tiene sentido aplicarlas en otro contexto. El trabajo reproductivo tiene lugar al margen del proceso de circulación de las mercancías, no es posible derivar “las disparidades sexuales específicas únicamente de la forma-mercancía” (ibíd.). Es más, para Scholz, ni siquiera estas actividades pueden ser concebidas como ‘trabajo’, ya que en ellas las emociones y comportamientos, que no son aprehensibles mediante los conceptos del trabajo abstracto o la producción, tienen un carácter fundamental (Scholz 2019, 83): “Las actividades femeninas de reproducción en el capitalismo tienen, así, un carácter distinto al trabajo abstracto, y por ende no pueden ser subsumidas bajo este concepto sin más; se trata de un

costado de la sociedad capitalista que no puede ser captado por el sistema conceptual de Marx” (Scholz 2021, 77).¹⁴

Veamos un ejemplo. El Partido Feminista de España (2020, s.p.) define el trabajo doméstico como un trabajo productivo, que produce bienes de uso y un plus-trabajo, del que se apropia el marido y los hombres como clase social. Además, constituye un modo de producción aparte, que se da en todos los sistemas económicos, y su institución es la familia. Sin embargo, para la crítica del valor, hablar de institución familiar en regímenes económicos precapitalistas, cae en una concepción transhistórica y ontológica del término. Para Scholz, la familia es, de hecho, una institución moderna que surge con la división de las esferas privada y pública: “La familia nuclear tal como la conocemos no aparece hasta el siglo XVIII, del mismo modo que la constitución de dos esferas —pública y privada— como las conocemos hoy solo surge con la modernidad” (Scholz 2020, 133).

Aparte de esto, en lugar de entrar a valorar (como haría la crítica de las feministas marxianas) si puede considerarse el trabajo doméstico como productivo en términos de la crítica de la economía política de Marx, en tanto que no genera plusvalía, etc., Scholz va más allá para cuestionar la ideología que hay detrás de tales afirmaciones: una teorización androcéntrica, y una concepción positivista y afirmativa del trabajo. Scholz se muestra crítica a la hora de considerar las tareas de reproducción social como ‘valores de uso’ (o, en este caso, ‘bienes de uso’), como suele darse “en ciertas teorías de izquierdas y a veces feministas” (Scholz 2019b, 65) porque, según la autora, esta concepción esconde una consideración “enfática y siempre positiva” (ibíd.) del término ‘valor de uso’:

El valor de uso se presenta como ‘femenino’ y, como tal, se le suponen ciertas potencialidades de resistencia. Pero la ecuación ‘valor de uso = femenino, valor de cambio = masculino’, al tiempo que mantiene la subordinación jerárquica del valor de uso respecto al valor de cambio, sigue derivando las disparidades sexuales específicas únicamente de la forma-mercancía. . . . Siguiendo la lógica androcéntrica, el análisis queda confinado en el espacio interior de la mercancía (ibíd.).

Tratar de explicar la reproducción, o cualquier fenómeno social más allá de lo estrictamente económico, mediante el instrumental analítico marxiano, cae en lo que

¹⁴ Siguiendo la terminología marxiana, Scholz emplea a menudo el término ‘trabajo abstracto’ para referirse al trabajo productivo, a la cantidad de trabajo humano indiferenciado contenido en las mercancías destinadas al intercambio.

Antonella Picchio denomina “estrabismo productivista” (Picchio 2009, 28), o “estrechez economicista” para Scholz (Scholz 2011, s.p.), una visión androcéntrica en tanto que toma la experiencia masculina como universal y neutra.¹⁵ Celia Amorós lo explica así:

El marxismo es fundamentalmente una teoría de la producción, y, cuando ha tenido que habérselas con la reproducción, pueden percibirse claramente ciertas vacilaciones en la mente de sus fundadores. En la medida en que no se elabora de modo riguroso una teoría de la reproducción, el destino ideológico de esta queda marcado por la lógica del razonamiento por analogía y la reproducción es pensada por analogía con la producción (Amorós 1991, 293).

Por otro lado, Scholz considera que conceptualizar el trabajo doméstico como ‘trabajo productivo’ es seguir la lógica positivista del trabajo, según la cual, para que algo sea valorado socialmente, tiene que formar parte del mundo del trabajo, “adoptando la categoría positiva del trabajo que acuñó en su día el marxismo del movimiento obrero” (Scholz 2019b, 63). Para Scholz, no se trata de reivindicar quién ocupa el lugar central en la producción de riqueza dentro de la sociedad del trabajo, sino de elaborar una crítica que permita pensar una sociedad más allá de la lógica productivista del trabajo: “Plantearse otro modelo que [supere] tanto el trabajo remunerado como las actividades femeninas separadas en el ámbito de la reproducción” (Scholz 2019, 87). En este sentido, “es importante mostrar cómo planteamientos que en principio no se quieren someter a la presión real de la máxima capitalista del trabajo, quedan pendientes de él y ponen en entredicho así su propia intención emancipatoria” (Scholz 2019, 104).

El problema radicaría en una comprensión transhistórica y ontológica de la categoría ‘trabajo’, en los términos que describe la crítica del valor. Este aparece como principio humano básico inalterable, aunque, como señala Scholz: “En tiempos premodernos se producía sólo para el uso, no existía un concepto generalizado y positivo del trabajo” (Scholz 2019, 76). Siguiendo a otras autoras, Scholz lamenta que la teoría queer sea capaz de ver y criticar las identidades de género esencializadas y naturalizadas, pero en cambio mantengan una concepción del trabajo como categoría inmutable:

En los años 90 a mucha gente le parece totalmente aceptable que –según las teorías posmodernas– la diferencia entre los géneros, e incluso el mismo cuerpo, sean en primer lugar solo unos ‘productos discursivos’. La abstracción universal del

¹⁵ Sobre este punto volveremos en mayor detalle en el apartado 4.8, cuando analicemos el androcentrismo en Marx y el marxismo.

‘trabajo’, sin embargo, debe mantener su carácter ahistórico-ontológico. Contra su historización y su relativización (cultural) se resiste incluso la mente posmoderna-deconstructivista que en otros casos ya ha llegado a niveles totalmente absurdos de relativización. (Gildemeister y Wetterer en Scholz 2019, 102).

Tal concepción ahistórica impide pensar “ningún proceso de obsolescencia del trabajo abstracto, ninguna desustancialización del capital, ni una desvalorización del valor” (Scholz 2020, 247). Para Scholz, no se están teniendo en cuenta estos procesos cuando, desde el feminismo marxista, se reclama un salario para el trabajo doméstico, trabajar menos horas o un mayor gasto público en servicios sociales. Estas reivindicaciones ignoran el momento actual de crisis del capitalismo, que vuelve el trabajo obsoleto, de manera que ya no podemos buscar la solución en una mera justicia distributiva, que reparta la riqueza social generada por el capital. Se trata para Scholz de posturas reformistas, en tanto que tan solo buscan una modificación de las categorías capitalistas y no su abolición. Categorías que, de todas formas, han entrado en decadencia en la fase actual del capitalismo.

En cambio, asistimos a un momento en el que “la degradación y la condición de prescindibles representan el problema principal de la ‘cuestión social’ de hoy” (Scholz 2021, 94). Una precarización del empleo a escala global que pone en riesgo de exclusión a capas cada vez mayores de la sociedad, en el contexto de una individualización y desclasamiento acuciantes y generalizados. He aquí otra gran crítica de Scholz al feminismo marxista en general: la concepción del capitalismo esencialmente en términos de conflicto de clases. Para nuestra autora, “en la era de la globalización queda ahora eliminada definitivamente la sociedad de clases (o de grandes grupos), sin que por ello se haya superado el capitalismo” (Scholz 2021, 92). Centrar el conflicto en quién o quiénes poseen los medios de producción, además de que no cuestiona la lógica productivista en sí, supone una postura obsoleta que no tiene en cuenta el contexto actual. Para Scholz, en la discusión sobre las nuevas formas de pobreza y exclusión, la asociación al concepto de clases es “de todo menos evidente, ni mucho menos unitaria” (Scholz 2020, 92). Veamos un ejemplo en algunos extractos de *Manifiesto de un feminismo para el 99%* (Fraser, Arruzza y Bhattacharya 2019):

El feminismo de la huelga de las mujeres anticipa la posibilidad de una nueva fase sin precedentes de la lucha de clases: feminista, internacionalista, ecologista y antirracista (26).

Las huelgas pertenecen a la clase obrera *como conjunto*, no solo a un estrato parcial o a organizaciones particulares. . . . Las huelgas feministas nos obligan a repensar qué es ‘clase’ y qué cuenta como ‘lucha de clases’. . . . Hoy la clase obrera mundial también comprende a miles de millones de mujeres, inmigrantes y personas de color (104-105, énfasis en el original).

Para Scholz “no es posible hablar de un regreso de la sociedad de clases” (Scholz 2021, 92) en los términos que proponen las autoras del *Manifiesto*. Se trata, para nuestra autora, de un punto de vista viejo y anacrónico de los trabajadores, cuyo tiempo ya pasó (Scholz 2021b, s.p.). Además, aún sin pretenderlo, para Scholz esta percepción cae en un reduccionismo de clase: “La discusión sobre la desigualdad en su conjunto . . . recurre al concepto de clase cuando se trata de la cuestión social, estirándolo lo suficiente para alcanzar también las prestaciones de servicios y demás. . . . Mezclado con las dimensiones de raza, género, homofobia y ecología, que supuestamente ya no representan contradicciones secundarias” (Scholz 2021, 94). Sin embargo, tal intención universalista “niega la diversidad de formas de organización y lucha” (Scholz 2021b, s.p.). Scholz sentencia: “Mientras que en el pasado era principalmente tarea de los teóricos marxistas masculinos declarar las relaciones jerárquicas de género como una contradicción secundaria, hoy en día las teóricas feministas al estilo de Arruzza y compañía hacen todo esto por sí mismas” (ibíd.).

Por último, otro fenómeno que Scholz denuncia en el feminismo marxista, es la frecuencia con que se cae en una visión personalista del capitalismo. Tomando nuevamente un ejemplo del *Manifiesto*:

Históricamente, el 1% siempre ha sido indiferente a los intereses de la sociedad o de la mayoría. Pero hoy esos tales son especialmente peligrosos. En su resuelta búsqueda de beneficios a corto plazo, dejan de evaluar no solo la profundidad de la crisis, sino también la amenaza que está planteando a largo plazo a la salud del sistema capitalista. ¡Preferirán perforar buscando petróleo ahora a garantizar las precondiciones ecológicas de sus propios beneficios en el futuro! (Fraser, Arruzza y Bhattacharya 2019, 37).

Esta “atribución de culpa a los agentes del capital, especialmente capital financiero” (Scholz 2021b, s.p.), oculta los mecanismos internos que explican el carácter autónomo del movimiento de las mercancías, desviando la atención del necesario avance, constante y siempre creciente, del capital. En resumen, Scholz viene a plantear que “la teoría feminista marxista, desde sus inicios durante los años veinte . . . mantiene, como el tradicional movimiento obrero, la ontologización y valoración del trabajo, además de reducir el capital a la lucha entre clases sociales en términos de desigual posesión de propiedad privada” (Catalina 2021, 636). No es una postura realmente radical, sino reformista: “Órdenes y principios dados, que sólo deben ser cambiados . . . permanecen en un reformismo que desde hace mucho tiempo se ha vuelto fantasmagóricamente irreal, meramente cuantitativo, categorialmente acrítico y por lo tanto hoy anacrónico, muy alejado de una perspectiva radical” (Scholz 2000, s.p.). La crítica de la escisión del valor de Scholz pretende superar estas problemáticas del marxismo tradicional, pero también aborda las limitaciones de la crítica del valor, como veremos a continuación.

4. La crítica de la escisión del valor

El término alemán que utiliza Scholz para designar su pensamiento es *Wertabspaltungskritik* (crítica de la escisión del valor), que deriva de la denominación *Wertkritik* (crítica del valor) empleada por el Grupo Krisis. En las fuentes en español consultadas, encontramos variaciones en la traducción del término: ‘escisión del valor’ (Navarro Ruiz 2019, Catalina 2021, Alfieri 2022), ‘valor/escisión’ (Torres Gaxiola 2022), ‘valor-escisión’ (Martínez Domínguez 2016), ‘disociación del valor’ (Ascunce Parada 2017) y ‘disociación-valor’ (Pensamiento inútil 2013). En las traducciones francesas y portuguesas suele usarse esta última variante, sin embargo, hemos optado aquí por ‘escisión del valor’, ya que se trata de la forma que aparece en el grueso de las traducciones al español.

De manera introductoria, la crítica de la escisión del valor parte de “la evidencia de que el capitalismo no es una economía ‘socialmente neutra’, tal y como parecía desprenderse para algunos . . . de la dinámica teorizada por Marx” (Martínez Domínguez 2016, 699). Al afirmar que “si el valor representa el núcleo del capitalismo, . . . su escisión representa la condición de posibilidad del mismo” (Martínez Domínguez 2016, 701), Scholz confronta a los teóricos que presentan el valor como centro material, objetivo y totalizador de la realidad capitalista, para quienes el conjunto de lo social queda reducido

a, y definido por, las relaciones fetichizadas capitalistas y la lógica de acumulación de plusvalía como su principio de funcionamiento.¹⁶ Por el contrario, el valor está conformado desde su origen y atravesado en todos sus aspectos por una división de género que, además, supone una metalógica que va más allá del propio valor. Esta constatación apunta ya a la ineludible relación entre capitalismo y patriarcado, con sus correspondientes tiempos y espacios diferenciados e interdependientes, que Scholz explorará a lo largo de su trabajo y que veremos ahora en más detalle. Con la idea de abordar los planteamientos de la autora de forma pormenorizada, hemos dividido esta sección en varios subapartados, que se corresponden con aspectos esenciales de su pensamiento.

4.1. Bases teóricas

Scholz establece la crítica de la economía política de Marx y la dialéctica negativa de Adorno como las dos bases fundamentales sobre las que construye su pensamiento. La crítica de la economía política de Marx está recogida principalmente en la obra de madurez del teórico alemán, especialmente en el tomo I de *Das Kapital* (1867). Scholz parte de las categorías económicas marxianas (valor, plusvalía, mercancía, fetichismo, etc.) en la misma línea que lo hace la crítica del valor, compartiendo con esta corriente, como vimos en el apartado anterior, la idea de la radical historicidad y el agotamiento de la sociedad del trabajo. Sin embargo, hay una diferencia fundamental en la visión de Scholz, y es la constatación de que, solamente recurriendo a estas categorías, no podemos obtener una visión de conjunto de la sociedad actual. Hay aspectos de la sociedad que escapan al plano material y no pueden ser aprehendidos en toda su extensión mediante el instrumental analítico marxiano.

En el desarrollo de esta idea, Scholz recurre a la formulación dialéctica negativa propuesta por el filósofo alemán Theodor Adorno. En general, la influencia de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt en el marxismo teórico alemán ha sido de muy largo alcance (Navarro Ruiz en Scholz 2020, 9). La obra de Adorno se caracteriza por una visión negativa de la modernidad occidental y de la idea de progreso. Critica así mismo el positivismo y la ontología en la filosofía, y defiende lo asistemático y fragmentario en

¹⁶ Cabe puntualizar que sería más bien el valor de cambio el que representaría aquí el núcleo del capitalismo. En palabras de Navarro Ruiz: “Siendo el *valor de cambio* el único aspecto relevante para el capitalismo, toda mercancía, a pesar de su doble aspecto de valor (de uso y cambio), pasa a ser una mera mercancía fallida en caso de no ser vendida y, por tanto, destruida antes que consumida para satisfacer necesidad alguna” (Navarro Ruiz en Scholz 2020, 13).

la investigación. En este sentido, la dialéctica negativa pretende salvar todos aquellos momentos históricos fragmentarios que no se dejan integrar como parte de en una gran explicación única. En el ámbito de la historia del pensamiento, reconoce el pluralismo de enfoques teóricos existentes sin pretender una superación positiva de los mismos, es decir, sin tratar de llegar a una nueva teoría que sintetice los distintos enfoques previos como resultado de haberlos puesto en diálogo entre sí. Por el contrario, la dialéctica negativa lleva a cabo una crítica inmanente a la propia teoría, es decir, no la confronta con otros enfoques teóricos externos a ella misma, sino que se remite a sus propias pretensiones y principios teóricos para analizar sus limitaciones. De esta manera, se consigue preservar la singularidad de cada enfoque teórico sin renunciar por ello a su crítica. Para Adorno, la crítica inmanente es suficiente para analizar cualquier fenómeno social, político, ideológico, etc. Estas ideas han influido profundamente la crítica de la escisión del valor en su análisis del capitalismo. Se critican las categorías internas desontologizadas del capitalismo, es decir, teniendo siempre presente su radical historicidad, y cómo estas se van desplegando negativamente, conduciendo al capitalismo a su propia destrucción. No se invierten esfuerzos, en cambio, en teorizar escenarios alternativos ni soluciones al margen del patriarcado capitalista, sino que el análisis se limita a la crítica de la realidad social existente, sin renunciar por ello a la utopía.

Finalmente, aunque Scholz solo considera la crítica de la economía política y la dialéctica negativa como fundamentos de su pensamiento, es indudable la influencia de la teoría feminista en su trabajo, por lo que podemos establecer esta como su tercera base teórica. La crítica del valor deviene crítica de la escisión del valor al aplicar un enfoque feminista y una perspectiva de género en la investigación. No podemos decir, sin embargo, que Scholz se base específicamente en una u otra corriente del feminismo, sino que incorpora una variedad de conceptos e ideas a su análisis. No obstante, cabe mencionar dos autoras del feminismo alemán cuyas tesis Scholz sí a reconocido en alguna ocasión, y que representan “un importante enriquecimiento para la teoría de la disociación-valor” (Scholz 2000, s.p.): la idea acerca de la doble socialización de las mujeres, de Regina Becker-Schmidt; y la concepción de las lógicas temporales de ahorro y gasto del tiempo de Frigga Haug.¹⁷

¹⁷ Véase: Becker-Schmidt, Regina. 1987. “Die doppelte Vergesellschaftung – die doppelte Unterdrückung: Besonderheiten der Frauenforschung in den Sozialwissenschaften”. En: Unterkirchen, Lilo e Ina Wagner, eds. *Die andere Hälfte der Gesellschaft*. Viena: Österreichischer Soziologentag. Y: Haug, Frigga. 1996. *Frauen-Politiken*. Berlin: Argument.

La doble socialización de Becker-Schmidt hace referencia al doble trabajo que las mujeres realizan en el capitalismo, en el ámbito reproductivo y productivo, y cómo esta doble carga afecta a la psicología de las mujeres, que se ven enfrentadas a dos lógicas sociales diferenciadas y contradictorias, con su binarismo de género (femenino-masculino) tradicionalmente atribuido a cada una de ellas. Surgen ambivalencias en la identificación e interiorización, por parte de las mujeres, de los roles de género socialmente construidos. Scholz critica esta sobrecarga y sostiene que, en la postmodernidad, la doble socialización genera una “conciencia femenina esquizofrénica” (Grupo Crisis 2018, 43) y condiciones de vida precarias para la mayoría de las mujeres (Scholz 2019, 92), sin que por ello “el orden jerárquico entre los géneros se haya superado” (ibíd.): “Hoy día, las mujeres ya no sólo sufren formalmente la ‘doble socialización’, sino que esta actualmente se ha convertido en el modelo oficial y la han interiorizado como parte de su autoentendimiento” (ibíd. 88).¹⁸

En cuanto a Haug, plantea que en el capitalismo existen dos lógicas del tiempo contrapuestas. Por un lado, siguiendo las leyes del mercado y el beneficio, se da una lógica de ahorro de tiempo en el ámbito productivo, es decir, se trabaja maximizando “la capacidad de rendimiento, . . . el gasto racional, económico y efectivo del tiempo” (Scholz 2020, 134). Por otro, en el ámbito reproductivo, las tareas de cuidados están marcadas por una lógica de invertir tiempo. Son trabajos que “no generan ningún beneficio porque hay que invertir mucho tiempo en ellos y no son susceptibles de posibles automatizaciones” (Haug en Scholz 2019, 82). Ocuparse de la prole, por ejemplo, es una tarea que ocupa todas las horas del día y se resiste a ser cuantificable. Cuidar de personas ancianas o enfermas, que no pueden emplearse como mano de obra, va contra la lógica de rendimiento y eficacia del mundo del trabajo. Ahora bien, del mismo modo que, en las sociedades precapitalistas, las actividades productivas no estaban separadas del resto de actividades vitales (reproductivas, lúdicas, etc.), podemos asumir que esta percepción diferencial del tiempo surge con la separación de las actividades productivas y reproductivas en dos esferas diferenciadas. Es decir, en el capitalismo, la noción de ‘tiempo’ toma una dimensión completamente nueva, que no debe ser asumida de forma ontológica y transhistórica.

¹⁸ Habría que remarcar que esta doble socialización no es un fenómeno que se dé de forma universal y uniforme, sino que adquiere un carácter específico en cada lugar y momento históricos.

4.2. Valor y escisión como principio social

Con el ascenso del capitalismo como modo de producción en la modernidad, la realidad de la vida social quedaría dividida en dos esferas: por un lado, tendríamos el mundo de las relaciones cosificadas en mercancías, al que se asociarían toda una serie de características, a nivel personal y colectivo, que pasarían a definirse como masculinas: productividad, disciplina, control, competencia, pensamiento lógico-científico (abstracto y totalizador), riesgo, etc. Por otro lado, tendríamos ‘lo otro’, aquello que no puede ser racionalizado, en el doble sentido de la palabra: que no puede ser reducido a normas o conceptos racionales, y que no puede ser organizado para la producción de valor. Todas esas características que ‘se escapan’ (sensualidad, sensibilidad, emotividad, pasividad, inconsciencia, pensamiento ilógico o mágico, etc.) quedarían codificadas como femeninas.¹⁹ A su vez, las características masculinas serían asumidas como positivas, pues resultan útiles para la producción capitalista, y las femeninas como negativas, pues no lo son. Esta división que Scholz plantea, sin embargo, no es inamovible, sino que, en el transcurso de los avances tecnológicos y el progreso de la razón científica, si un nuevo ámbito de la vida privada pasa a ser racionalizado, este también perdería su connotación femenina previa, y a la inversa: “Los dominios previamente connotados como masculinos sufren una devaluación cuando acaban siendo codificados como femeninos” (Scholz 2000, s.p.).

No se trata, sin embargo, de una división deliberada ni arbitraria, sino que obedece a un “inconsciente social androcéntricamente determinado” (Scholz 2000, s.p.), producto de la tradición occidental del pensamiento lógico y racional. Esta tradición tendría su origen en el principio de identidad de las leyes del pensamiento clásico: “[Un] pensamiento clasificador que no puede captar la cualidad singular, la cosa misma, y no es capaz de percibir y preservar las diferencias . . . que la acompañan” (Scholz 2020, 139). Es decir, es un principio *discriminatorio*, en el doble sentido de la palabra de *delimitar* y *excluir*: se distingue una cosa a costa de contrastarla con otra u otras que se descartan. Pero este principio de identidad tiende finalmente a la síntesis, a la transcendencia, a lo universal, sistemático, único e idéntico. El mundo del valor masculino se erige a sí mismo

¹⁹ El hecho de concebir el valor como esencialmente ‘masculino’ y su escisión como esencialmente ‘femenino’, es decir, concebir la lógica de la escisión del valor como un principio social cuya lógica fundamental se basa en dividir la realidad según el par generizado masculino-femenino, hace pensar que otras formas de opresión no basadas en el género constituyen contradicciones secundarias de carácter sociológico en la teoría de Scholz. Sobre esta problemática volveremos en el último apartado del trabajo, cuando analicemos las limitaciones de los planteamientos de la autora.

como la humanidad, y ‘olvida’ eso otro que escinde, y mediante el cuál se define. Las similitudes con la concepción beauvorianana de alteridad son ineludibles:

El hombre representa al mismo tiempo el positivo y el neutro, hasta el punto que se dice ‘los hombres’ para designar a los seres humanos. . . . La mujer aparece como el negativo, de modo que toda determinación se le imputa como una limitación, sin reciprocidad. . . . [El hombre] pretende enunciarse como esencial y convertir al otro en inesencial, en objeto (Beauvoir 2005, 47-49).

Las jerarquías conceptuales son una consecuencia inevitable del proceso de identificación y clasificación de la realidad propio de este “pensamiento androcéntrico-universalista” (Scholz 2020, 138). Estas pasan a formar parte del discurso simbólico-cultural de la sociedad, y devienen también jerarquías socio-psicológicas y socioeconómicas impuestas y mantenidas por la fuerza o la amenaza de fuerza.

Sin embargo, que ‘lo otro’ esté invisibilizado, silenciado, menospreciado, no quiere decir que no exista: “El modelo civilizatorio productor de mercancías tiene su condición de posibilidad en la opresión de las mujeres, en su marginalización, así como en una postergación de lo social y de la naturaleza” (Scholz 2020, 134). Es decir, si miramos más allá de la lógica del valor, hallaremos su escisión. Entonces, el valor y su escisión son dos momentos de una misma “metalógica que sobrepasa las categorías de la economía” (Scholz 2021, 77). Esta metalógica es un principio fundamental que rige la sociedad, una dinámica social que, sin embargo, no debe ser ontologizada, sino que “debe ser pensada como proceso histórico” (Scholz 2020, 87). Si bien los orígenes de este proceso se hallan en la tradición del pensamiento androcéntrico occidental, solo con el advenimiento del capitalismo toma la forma del valor y su escisión. Por tanto, el análisis de Scholz se limitará a la modernidad, pero no entendiendo la metalógica de la escisión del valor de forma estática y monista, sino como principio social dinámico y cambiante.

Por otro lado, no se debe caer en una mera asociación del valor con la esfera pública del trabajo y su escisión con la esfera privada del hogar sin más. Como principio estructurante de la sociedad, la escisión del valor opera de forma general en todos los planos y no tiene una correlación material única y concreta: “Hay que tener en cuenta, además del factor de la reproducción material, tanto la dimensión psicosocial como la dimensión cultural y simbólica. Porque en estos planos de la existencia la escisión del valor se revela un principio formal” (Scholz 2020, 132). La escisión del valor es un principio abstracto “no divisible mecánicamente en esferas. . . . Esto significa que el

efecto de la escisión del valor pasa a través de todos los niveles y ámbitos” (ibíd. 138). Estableciendo un símil con los planteamientos de Carole Pateman en su clásico libro *The Sexual Contract* (1988), sería igual de impreciso asumir que la esfera privada del hogar se corresponde con el patriarcado y la esfera pública del trabajo con el capitalismo: “El patriarcado no es meramente familiar ni está localizado en la esfera privada. El contrato original crea la totalidad de la sociedad moderna como civil y patriarcal” (Pateman 1995, 23). Donde Pateman escribe ‘contrato original’ podríamos leer ‘escisión del valor’, en el sentido que mencionábamos antes de una tradición racional masculina occidental. Por tanto, si pensamos que patriarcado y capitalismo atraviesan y estructuran todos los ámbitos de la sociedad, del mismo modo la lógica de la escisión del valor opera de forma transversal. Incluso aunque de forma general “la esfera privada y la pública . . . son connotadas respectivamente femenina y masculina, . . . la relación entre los sexos no tiene su ‘lugar’ objetivo en las esferas privada y pública. . . . La disociación prosigue en el propio seno de dichas esferas” (Scholz 2019b, 64).

Sin embargo, pese a que Scholz insiste en la necesidad de considerar, además de la dimensión material o socioeconómica, las otras dimensiones socio-psicológica y simbólico-cultural, lo cierto es que a menudo su análisis se agota en la primera, dificultando una comprensión plena de su crítica del valor escisión, en los términos que ella misma propone. Scholz apunta que “la dimensión simbólico-cultural . . . se puede desentrañar, por ejemplo, por medio de los análisis del discurso siguiendo a Foucault. . . . El lado psicosocial . . . puede ser captado con un instrumental psicoanalítico” (ibíd.), pero ella misma no lo desarrolla. Por el contrario, cuando aborda estos otros planos, lo hace de forma superficial y dispersa, o se limita a una crítica económica de los análisis feministas culturales y sociológicos de otras autoras. No obstante, como indicábamos en el apartado biográfico, Navarro Ruiz ha detectado un creciente enfoque cultural e interseccional en sus publicaciones más recientes. Podría conjeturarse que una primera etapa de su producción la ha dedicado más bien a desligarse de la crítica del valor y fundamentar su propuesta en el mismo plano de crítica económica, y que, ya asentadas las bases, en esta segunda etapa pase a analizar otros aspectos igualmente atravesados por la escisión del valor.

Por otro lado, Scholz señala que “debe ser enfatizado, hoy en día, la preponderancia del nivel material como esencial en el patriarcado productor de mercancías” (Scholz 2000, s.p.), y también: “En las relaciones existentes, el ‘trabajo doméstico’ está subordinado al trabajo asalariado . . . en una sociedad dominada por el

trabajo asalariado” (Scholz 2019, 84). Esto podría explicar la atención privilegiada que Scholz presta al análisis económico sobre los otros planos, si bien dicha preponderancia del plano material debe ser entendida en el contexto de la praxis social, como la tendencia general de la economía capitalista a someter todos los aspectos de la vida a su lógica acumulativa, y no en el nivel teórico, donde la oposición dialéctica entre valor y escisión están en igualdad de condiciones como materia de estudio y “deben ser entendidos al mismo alto nivel de abstracción” (Scholz 2000, s.p.) en todos los ámbitos.

En cualquier caso, centrándonos en el plano socioeconómico que Scholz explora en más detalle, se establece una correlación entre valor y ámbito del trabajo productivo, y escisión y ámbito del trabajo reproductivo, pese a que, insistimos, la lógica del valor y su escisión se replique al interior de dichos ámbitos y en todos los planos de la sociedad. El ámbito productivo, con su principio de ahorro del tiempo asociado, quedaría igualmente connotado como masculino; mientras que el ámbito reproductivo, con su principio de gasto de tiempo, quedaría connotado como femenino. Además, dada la importancia central que cobra la acumulación de plusvalor en la dinámica social capitalista, el ámbito productivo se antepone y privilegia al reproductivo, de modo que “podría hablarse de manera algo exagerada del género masculino como del ‘género del capitalismo’” (Scholz 2020, 134). A su vez, “la esfera privada del hogar, la familia y la intimidad” (Grupo Krisis 2018, 42), donde se desarrollan “las actividades múltiples y cambiantes de la vida cotidiana que no pueden transformarse en dinero o solo en casos excepcionales” (ibíd.), queda silenciada y naturalizada. Sin embargo, de forma análoga a como ocurría en el nivel abstracto de la metalógica de la escisión del valor, Scholz constata que “sin el espacio social separado de la actividad ‘femenina’ nunca hubiese podido funcionar la sociedad del trabajo. Este lugar es su silenciosa condición previa y, al mismo tiempo, su resultado específico” (Grupo Krisis 2018, 42).

4.3. Trabajo abstracto y actividades femeninas

En el apartado anterior ya comentábamos la reticencia por parte de Scholz en el uso de la palabra ‘trabajo’ para designar las tareas del ámbito reproductivo, y adelantábamos uno de los motivos para esta postura. Resulta llamativo, si tomamos en consideración que términos como ‘trabajo de cuidados’, ‘trabajo reproductivo’, ‘trabajos esenciales’ o ‘trabajo doméstico’ están a la orden del día en las agendas políticas feministas, siguiendo una larga tradición de lucha por visibilizar y dignificar el trabajo de

las mujeres. Sin embargo, manteniendo una postura siempre crítica, Scholz descarta esta terminología por dos razones: una que podemos considerar objetiva o formal, y otra subjetiva o política.

La primera razón, como se adelantó en el apartado anterior, parte de considerar la categoría ‘trabajo’ desde la crítica de la economía política. Scholz retoma la postura de autoras como Hartmann y Amorós, que advierten que las categorías marxianas son ciegas al género y, por tanto, no pueden aplicarse sin más, extrapolándolas a la esfera de la reproducción. Mientras que “el hombre blanco, para poder funcionar sin dificultades, expulsó de sí todos los sentimientos y necesidades emocionales que en el reino del trabajo solo resultan factores molestos” (Grupo Krisis 2018, 43), en cambio las ‘actividades femeninas’ de cuidados no pueden desligarse de las emociones, los sentimientos y ciertas actitudes o comportamientos, que las constituyen intrínsecamente. En tanto que la categoría ‘trabajo’ deja fuera estos factores extraeconómicos, su uso en el ámbito reproductivo resulta inadecuado. Podemos considerar esta justificación de tipo formal u objetiva.

Pero hay otra razón, quizás más interesante, que viene dada por la posición crítica que Scholz mantiene hacia el mundo del trabajo. Siguiendo la postura de la crítica del valor, Scholz aboga por la abolición del trabajo en sentido moderno, pues constituye una de las categorías fundamentales del capitalismo que deben ser superadas si se quiere superar aquel. Entre otras cosas, Scholz apunta que el trabajo ‘abstracto’ “causa la pérdida de sensibilidad en las relaciones humanas, la destrucción de la naturaleza y el peligro de una guerra atómica” (Scholz 2020, 32). En este sentido, Scholz denuncia que el feminismo haya “adoptado la categoría positiva del trabajo que acuñó en su día el marxismo del movimiento obrero” (Scholz 2019b, 63), y comenta:

El movimiento feminista no debe estar dispuesto en ningún caso a redefinir la actividad femenina también en términos de ‘trabajo’ como prueba de su valor (moral y económico); pues el ‘trabajo’ en este sentido es . . . en sí mismo la “raíz de todos los males” (Scholz 2020, 32-33).

En vez de elaborar una crítica a la sociedad del trabajo, se buscan sobre todo perspectivas feministas de la sociedad del trabajo. Por tanto, la distancia crítica al concepto de trabajo deja también mucho que desear en el feminismo . . . Desde la perspectiva de la igualdad se presupone que el bienestar de las mujeres depende de su participación en la vida laboral capitalista (Scholz 2019, 74).

Siguiendo esta idea, Scholz también es crítica con las posiciones que defienden un modelo de economía de subsistencia femenina basada en mercados locales, autoabastecimiento y el rechazo a la producción industrial y la alta tecnología (Scholz 2019, 93-104). Para Scholz, estas posturas “hacen de la necesidad virtud” (ibíd. 95) y glorifican el “trabajo honesto” (ibíd. 96). En su lugar, considera que “hace falta un movimiento social que contrarreste la ideología dominante del rendimiento y que desarrolle un imaginario de la ‘buena vida’” (ibíd. 104), y añade: “Se quedan en el camino la relajación y el ocio . . . como punto de referencia para una crítica de la sociedad que se opusiera a las existentes relaciones sociales con su permanente persecución del rendimiento” (ibíd. 101).

Hemos visto las dos motivaciones que guían el uso del término ‘actividades femeninas’ en la obra de Scholz para referirse al trabajo reproductivo. No obstante, cabe preguntarse hasta qué punto, en el marco de la obsolescencia del trabajo en el actual momento de crisis que la autora postula, tiene sentido seguir formulando la idea de trabajo ‘abstracto’ o ‘actividades femeninas’. Por último, hay que señalar que Scholz ha mostrado, pese a todo, cierta insatisfacción con el uso del término ‘actividad’:

Debería buscarse un tercer concepto, con el que la actividad tradicional de la mujer en el ámbito de la reproducción pueda ser determinado teóricamente de manera más exacta, ya que también el término ‘actividad’ es demasiado difuso y posee un carácter general excesivamente amplio. Además, a través del concepto ‘actividad’ podría alimentarse el viejo mito del ama de casa holgazana (Scholz 2020, 33).²⁰

4.4. Desontologizar el patriarcado productor de mercancías

Scholz define el patriarcado como la “dominación masculina . . . [que] se basa esencialmente en la interiorización de normas establecidas colectivamente” (Scholz 2020, 35). Un “marco de socialización constituido históricamente de manera inconsciente” (ibíd. 36). Sin embargo, del ‘patriarcado’ en sentido general poco más se puede decir, ya que se trata en esencia de un proceso, es decir, no es algo fijo (ibíd. 137), sino que tiene un desarrollo histórico y cultural (ibíd. 72). Por tanto, Scholz siempre hablará de un ‘patriarcado productor de mercancías’, ‘patriarcado de la forma valor’ o, en menor

²⁰ Esta problemática que Scholz plantea podría superarse descartando el uso de los términos ‘trabajo productivo’ y ‘actividades femeninas’ en favor del par terminológico ‘trabajo productivo’ y ‘trabajo reproductivo’, en los términos descritos en el apartado terminológico de este trabajo.

medida, ‘patriarcado capitalista’, restringiéndolo así al capitalismo y dejando claro que no es un concepto transhistórico aplicable a cualquier momento y lugar de forma estática:

La existencia de un patriarcado no puede ser ontologizada. . . . Los interesantes intentos de aclarar la existencia de antiguos matriarcados y el surgimiento del patriarcado . . . no deberían tener continuidad. . . . Es especialmente relevante el riesgo de realizar proyecciones desde nuestro presente hacia el pasado. . . . Gerda Lerner trata sobre sociedades previas a la forma valor y el ‘intercambio de mujeres’, la ‘cosificación de la capacidad femenina de dar a luz’, y asuntos de este tipo. Sin embargo, estos son modelos de pensamiento que han aparecido con el patriarcado de la forma valor, y no se pueden aplicar a sociedades que no funcionan bajo la forma valor (ibíd. 36-37).²¹

Sin embargo, hay que aclarar que Scholz no niega una prehistoria del patriarcado moderno: “Las condiciones para el patriarcado de la forma valor, occidental y cristiano, surgieron en la Antigua Grecia” (Scholz 2020, 42), pero no se adentra en su estudio. De forma análoga, en la Antigua Grecia también se dieron las condiciones para el intercambio de mercancías y el desarrollo de la forma dineraria. Es decir, no se niega la existencia de un patriarcado premoderno o precapitalista –del mismo modo que no se niega que se diese intercambio de mercancías mediadas por el dinero antes del advenimiento del capitalismo– pero en la modernidad, patriarcado e intercambio de mercancías toman una dimensión completamente nueva. En este sentido, “Scholz anota que de manera general en las sociedades agrarias precapitalistas había unos roles de género menos marcados, y predominaba un modelo más monogénero, fruto de la participación igualitaria en la reproducción material, al tiempo que la producción de mercancías se daba en una proporción anecdótica” (Ascunce Parada 2017, 20).

Sólo con el advenimiento del patriarcado moderno las relaciones de poder patriarcales pasan a estar conformadas por el valor y su escisión como principio fundamental, es decir, basadas en la división del trabajo y su atribución de género correspondiente. Así pues, “la validez de las estructuras, mecanismos, fenomenologías, etc. de disociación-valor sólo puede ser invocada para el patriarcado productor de mercancías, y . . . sería un error verlas también en acción en las sociedades premodernas, o incluso considerarlas como ‘propias de la especie humana’” (Scholz 2000, s.p.).

²¹ Gerda Lerner fue una historiadora austriaca pionera en el estudio de la historia de las mujeres y mejor conocida por ser la autora de *The Creation of Patriarchy* (1986), un influyente tratado acerca de los orígenes y desarrollo del patriarcado occidental.

4.5. Relación contradictoria capitalismo-patriarcado

Así, si el teórico observa que, en el marco de una sociedad determinada, las diferentes ocupaciones laborales comienzan a llevarse a cabo de manera indistinta tanto por hombres como por mujeres, debemos, en primera instancia, detener el deseo de emitir un juicio inmediato. Solo una vez se hayan observado más factores en correlación, tanto intraeconómicos como extraeconómicos, podremos definir si los cambios aparentes que se han observado suponen una transformación de carácter emancipatorio o si, antes bien, no han modificado en absoluto las bases patriarcales de la sociedad capitalista. (Navarro Ruiz 2019, 55-56).

Sirva esta brillante observación de Navarro Ruíz para introducir la crítica a un lugar común en las discusiones entre marxistas y feministas que es la supuesta relación contradictoria entre capitalismo y patriarcado. Según esta postura, la progresiva inclusión de las mujeres en el ámbito del trabajo productivo traería consigo mayores cotas de igualdad entre los géneros. Antes que nada, habría que ver hasta qué punto el ‘ama de casa a jornada completa’ representó una realidad para la mayoría de las mujeres en algún momento del capitalismo, o si más bien se trata de una idealización y un fenómeno minoritario, como lo era el proletario prototípico de von Werlhof (varón, blanco, adulto, etc.). También cabría preguntarse si el hecho de entrar a competir en igualdad de condiciones con los hombres en el mercado de trabajo supone algún tipo de igualdad a la que aspirar. Pero más allá de eso, la cuestión central que debemos poner sobre la mesa es si esa incorporación al mundo laboral transforma realmente las bases del patriarcado productor de mercancías. La respuesta es no. En tanto que el ámbito productivo y reproductivo, con sus correspondientes lógicas temporales contrapuestas, permanezcan escindidas e intactas, o lo que es lo mismo, en tanto que la lógica de la escisión del valor continúe operando en todos los planos de la sociedad, el patriarcado productor de mercancías continuará.

La deconstrucción de las identidades de género que se da en la posmodernidad podría mostrar cierta potencialidad transformadora al diluir y dificultar la clasificación binaria que la lógica de la escisión del valor hace de los ámbitos reproductivo (femenino) y productivo (masculino).²² No obstante, aunque Scholz reconoce un cambio en las

²² Esta idea contradice en parte los planteamientos de Scholz acerca del carácter reformista de las teorías posmodernas. A nuestro parecer, esta contradicción viene dada, nuevamente, por las dificultades que entraña considerar la atribución de género como principio fundamental de la lógica de la escisión del valor. Además, el binarismo femenino-masculino puede ser tachado como una caracterización esencialista de los géneros. Una conceptualización de la lógica de la escisión del valor en el sentido beaivoriano de alteridad solventaría esta cuestión, al permitir captar

relaciones de género en las últimas décadas, considera que no por ello el patriarcado productor de mercancías desaparece:

Lo que ocurre es que la escisión del valor en la posmodernidad no se sostiene sobre los dos elementos fundamentales de la modernidad: el trabajo asalariado y la familia nuclear heteronormativa. Ello hace que los roles de género se modifiquen, pese a que el patriarcado productor de mercancías no cese . . . Se expresa en fenómenos como la doble socialización, la desigualdad salarial o el hecho de que sigan siendo principalmente las mujeres las que lleven a cabo tareas reproductivas (Catalina 2021, 640).

Por otro lado, en la modernidad surgen la esfera privada del hogar y la esfera pública, como formas específicas del patriarcado capitalista. Concebir estas esferas de forma ahistórica es un error que impide comprender la existencia de “una forma específicamente moderna de patriarcado” (Pateman 1995, 10). Pateman exploró en profundidad cómo el discurso del contrato social de la Ilustración pretende la superación de un estado anterior de derecho patriarcal, cuando, en realidad, se estaba dando un agravamiento del sometimiento femenino, que implicó la sujeción de la mujer a la nueva esfera privada y al marido en la institución familiar.

Convencionalmente se presenta a la teoría del contrato social como una historia sobre la libertad. . . . En esta versión de la historia se crea la sociedad civil por medio de un contrato originario, una vez que la ley paterna –o patriarcado– es derrocada, . . . de modo que contrato y patriarcado aparecen como irrevocablemente contrapuestos (ibíd.).

Esta visión viene dada porque “el ‘patriarcado’ se interpreta generalmente como la ley del padre (en el sentido literal del término)” (ibíd. 11), pero se oculta otra dimensión esencial del mismo: la sujeción sexual de las mujeres. Pateman concluye que “el patriarcado hace mucho que ha dejado de ser paternal . . . El contrato original tiene lugar después de la derrota política del padre y crea el *patriarcado fraternal* moderno” (ibíd. 12, énfasis en el original).

Considerando todas estas razones, no se debe pensar “la relación de géneros capitalista-patriarcal como un resto de un pasado precapitalista” (Scholz 2021, 81-82), ni

lo escindido como ‘lo otro’ negado e invisibilizado en un sentido más amplio. Sobre esta problemática volveremos en el último apartado del trabajo, cuando analicemos las limitaciones de los planteamientos de Scholz.

tampoco que se dé una relación contradictoria entre capitalismo y patriarcado, sino que el principio de escisión del valor genera unas dinámicas sociales específicas de la modernidad en todos los planos (material, socio-psicológico y simbólico-cultural) y racionaliza las actividades vitales en dos esferas separadas, conformando así el patriarcado productor de mercancías. En este sentido, pensar una teoría social verdaderamente emancipadora implica “superar como tales los sectores separados de lo privado y lo público, conjuntamente con sus correspondientes lógicas separadas del tiempo” (Scholz 2020, 101). Y, en el plano inmaterial: “Rebasar la ‘masculinidad’ y la ‘feminidad’ tal como las conocemos y, con ellas, las sexualidades preformadas que les corresponde” (Scholz 2019b, 70).

4.6. La crisis del patriarcado productor de mercancías

Como hemos visto, Scholz continúa los planteamientos de la crítica del valor acerca del ‘límite interno del capitalismo’, que pone coto al lugar común de un desarrollismo infinito al amparo de las nuevas tecnologías. Esta aportación fundamental de la crítica del valor nos obliga a pensar el progreso desligándolo de una idea de avance económico perpetuo. De forma muy resumida, el principio del límite interno del capitalismo proponía que “la crisis es inherente al desarrollo histórico de las fuerzas productivas [capitalistas] que, por imperativo de la competencia, merma el monto global de nuevo valor generado” (Catalina 2021, 644). Este límite intrínseco al desarrollo capitalista se traduce en el actual momento de crisis del trabajo, solo postergada ‘gracias a’ la financiarización de la economía (mediante el capital ficticio y la especulación) que, sin embargo, empeoran las perspectivas de crisis futuras.

Frente a tal escenario, Scholz auspicia “un asilvajamiento del patriarcado productor de mercancías en la última fase de la posmodernidad” (Scholz 2000, s.p.), recrudescimiento que traerá consigo mayores tasas de discriminación y pauperización de la población a escala global: “Como resultado de medidas desreguladoras y de un desmantelamiento progresivo de los sistemas de seguridad social, una individualización relativamente amortiguada por el bienestar social es ahora reemplazada por una individualización sin garantías” (Scholz 2020, 91). En este contexto de individualización en aumento “desaparecen las clases medias pero no se proletarianizan, las posiciones sociales se vuelven precarias” (Scholz 2008, s.p.). El aumento de la competencia laboral empeora la discriminación “por discapacidad y por edad” (Scholz 2021, 93) y exige

relaciones de trabajo ‘flexibles’: “*outsourcing*, subcontrataciones, ocupaciones en el sector informal, trabajo clandestino, ‘empresarización de sí’, etc.” (Scholz 2020, 91). Para Scholz la teoría queer, aun sin pretenderlo, ha ido en cierta manera al encuentro de estas exigencias de flexibilización (Scholz 2013, s.p.), ya que las identidades de género posmodernas pueden resultar ventajosas en la exigencia de masculinización que conlleva la incorporación de las mujeres al ámbito productivo, como consecuencia de su doble socialización. En este sentido, se producen “transformaciones en la constitución psíquica de las mujeres” (Scholz 2020, 146). De hecho, para Scholz, hay indicios de que nos movemos hacia un ‘modelo monogénero’ “en el cual las mujeres son hombres, solo que de otra manera” (Scholz 2020, 144). Además, la familia nuclear de “las viejas relaciones de género burguesas” (ibíd.) se desmorona. Surgen conflictos dentro de las familias debido, en parte, a la doble carga de trabajo de las mujeres y su toma de conciencia (Scholz 2013, s.p.), al tiempo que “el papel del hombre como sustentador familiar se disuelve” (Scholz 2019, 80). En esta línea, “el sentido de la responsabilidad de los hombres para con sus hijos tiende a disminuir” (ibíd. 91), de manera que aumentarán las familias monoparentales “consistentes en madres sobrecargadas y sus hijos” (ibíd.).

Por otro lado, Scholz plantea la idea de las mujeres como ‘administradoras de la crisis’, sobre las que recae la tarea de “servir de medio de limpieza y desinfección cuando el carro ha quedado atrapado en el fango” (Scholz 2020, 147). Scholz señala algunos ejemplos: “Los grupos de autoayuda para controlar los efectos de la crisis en el denominado Tercer Mundo los llevan adelante mujeres” (ibíd. 146), son también “las encargadas de asegurar el dinero y la supervivencia” en la vida diaria (ibíd. 241), en el desmoronamiento del patriarcado productor de mercancías “se apela de nuevo a la mujer como madre, como dulce administradora de la crisis” (ibíd.). Scholz advierte que esta tendencia no debe ser vista como emancipadora para las mujeres, dado el contexto en que aparece. Adelantábamos antes que, para Scholz, las demandas feministas que exigen una reducción de la jornada laboral, un salario para el trabajo doméstico, o un mayor gasto público en servicios sociales, no tienen validez porque no consideran el momento actual de crisis. Para entender mejor este planteamiento, debemos considerar el lugar que ocupa el Estado y la política en la crítica de la escisión del valor.

4.7. El Estado y la política según la crítica de la escisión del valor

Scholz mantiene una posición radicalmente ‘antipolítica’, en los términos que describía el Grupo Krisis en su manifiesto: “La política de la modernidad se encuentra inseparablemente entrelazada en el sistema coercitivo del trabajo, y es por eso que tiene que desaparecer junto a este” (Grupo Krisis 2018, 113). No cree en la autonomía del poder político sobre el poder económico: “La política ha sufrido un profundo cambio de función bajo las condiciones de la globalización . . . está sometida ahora, como nunca antes, a la influencia de los mercados mundiales, lo que hace imposible que se pueda actuar o ‘negociar’ políticamente como en los tiempos keynesianos-fordistas” (Scholz 2019, 86).²³ Más aún, la política entendida en su sentido moderno es una institución que nace con el modo de producción capitalista, como “la instancia que ha organizado hasta ahora sus condiciones básicas” (ibíd. 112).

De forma similar, Scholz define el Estado como un “empresario colectivo” (Scholz 2019b, 58) al servicio del capital. Su función es la de realizar el resto del trabajo reproductivo que no puede llevarse a cabo en la esfera privada del hogar (construcción de infraestructuras de comunicación y transporte, educación, sanidad, sistema penitenciario, centros residenciales para mayores, etc.) mediante una redistribución del plusvalor generado en el ámbito productivo de la empresa privada. Es decir, es un trabajo deficitario. “El Estado y el capital privado, lejos de ser antagonistas, siempre fueron dos polos complementarios del desarrollo capitalista, aún cuando sus respectivas influencias hubieran cambiado acorde al periodo histórico. El capital privado no libra una batalla contra el Estado bajo ningún término, como tampoco busca sistemáticamente limitarlo” (Jappe 2016, 113).

Desde esta concepción del Estado y la política, Scholz considera que reclamar una reducción de la jornada laboral, un salario para el trabajo doméstico, o un mayor gasto público en servicios sociales en el actual contexto de crisis, son demandas imposibles de asumir. En palabras de Jappe: “En general, todo recurso a la ‘política’ (y, a fortiori, al Estado), es imposible porque el fin de la acumulación, y por lo tanto, del dinero ‘real’, priva al poder público de cualquier medio de intervención” (Jappe 2016, 126). Más al contrario, para Scholz, en un intento de ahorrar costes en el actual contexto de crisis, las actividades reproductivas que antes estaban en manos del Estado “probablemente

²³ Como respuesta a la Gran Depresión de 1929, el economista británico John Maynard Keynes propuso una teoría basada en el control institucional de la economía en épocas de crisis.

volverán a estar cada vez más en manos de las mujeres sin pago” (Scholz 2021b, s.p.), puesto que “el estado no puede endeudarse e imprimir dinero a voluntad. La dictadura de la austeridad no ha terminado de ninguna manera” (ibíd.).

4.8. Androcentrismo en Marx y el marxismo

Cómo se ha venido señalando a lo largo de los apartados anteriores, parece claro ya que el instrumental analítico marxiano resulta insuficiente para explicar el trabajo reproductivo y las relaciones de dominación patriarcales, las cuales tienen lugar más allá del plano puramente material, encontrándose igualmente inscritas en los planos socio-psicológico y simbólico-cultural. Así lo indica Scholz: “En la teoría marxista la cultura y el orden simbólico [no] han recibido la atención que merecían. Pero además, en el plano material, solo se tiene en cuenta la producción, no la reproducción” (Scholz 2013, s.p.). La pregunta que tantas feministas se han hecho es ¿por qué no se nos tiene en cuenta? ¿Por qué Marx no tematizó el trabajo reproductivo de las mujeres? ¿Por qué el marxismo solo habla de explotación y no de dominación?

La respuesta, una vez más, está en el androcentrismo: el hombre como centro y medida de todas las cosas. En su *Crítica de la razón patriarcal* (1991), Amorós señala que “el hecho de que la mitad numérica de esta especie se encuentre en una situación de enajenación y marginación en relación al ‘ser genérico’, necesariamente ha de tener consecuencias gnoseológicas distorsionantes en el discurso filosófico” (Amorós 1991, 23-24). Efectivamente, el marxismo no escapa al discurso patriarcal que atraviesa la ciencia y la filosofía, en este caso, naturalizando el trabajo reproductivo de las mujeres a la vez que considera el plano económico como lo único que vale la pena analizar, en un reduccionismo materialista continuista de la racionalidad ilustrada. Retomando la terminología de Scholz, es la lógica de la escisión del valor operando en todos los ámbitos sociales, el inconsciente social androcéntrico que considera que lo ‘no conceptual’ tiene menos valor y lo excluye (Scholz 2020, 138). Aquello “que no es comprobable con medios científicos no [es] tomado en consideración suficientemente en los ámbitos de la ciencia, la política y la economía dominados por los varones, de modo que lo que lleva la voz cantante es el pensamiento clasificador” (ibíd. 139). Pateman añade también un fundamento político en la invisibilización del trabajo reproductivo en el cuadro analítico de Marx: “La sociedad civil patriarcal se divide en dos esferas, pero la atención se dirige sólo a una, . . . la esfera pública de la libertad civil. La otra, la privada, no es vista como

políticamente relevante” (Pateman 1995, 12). Veamos a continuación dos ejemplos actuales del androcentrismo en los planteamientos de autores marxistas:

Si realizamos una crítica de la economía es para exponer una crítica de toda la sociedad existente. . . . No hay dos luchas, una contra la sociedad de clases y otra contra el denominado patriarcado. . . . Si el patriarcado o algo similar aún existe, está completamente subsumido por el Capital (Cuadernos de negación 2019, 1-5).

El término patriarcado actúa como un elemento que fija posiciones en la dominación arbitraria de los hombres sobre las mujeres. Esta representación puede que tenga un cierto valor propagandístico. Pero allí donde quiera utilizarse con fines socioteóricos, hace el ridículo frente a la realidad de las formas fetichistas (Ernst Lohoff en Scholz 2020, 35).

Este tipo de argumentaciones ponen en cuestión, una vez más, el instrumental analítico feminista para tratar de desarticularlo, intentando invalidar la existencia de un referente real para el término ‘patriarcado’. Se puede exponer una crítica de toda la sociedad desde la economía, pero eso no implica, ni mucho menos, que todo lo social se reduzca a lo económico, incluso si, como sucede en la actualidad, se da una tendencia general de la economía capitalista a someter todos los aspectos de la vida a su lógica acumulativa. Ya vimos que hay otras dimensiones sociales que influyen sobre el plano socioeconómico, del mismo modo que este influye sobre lo demás, en una relación dialéctica. También hay cuestiones psicológicas, sociológicas, simbólicas y culturales que no se pueden explicar adecuadamente en términos exclusivamente económicos, porque son planos de la existencia que los exceden, del mismo modo que la comprensión de lo económico se ve beneficiada cuando se amplía el punto de vista para incluir variables socio-psicológicas y simbólico-culturales.

Desde los feminismos, se vienen dando razones de peso para considerar la influencia del androcentrismo en la elaboración teórica en todos los ámbitos. Si bien una visión ahistórica del patriarcado ha sido una crítica recurrente a las teóricas feministas, la crítica de la escisión del valor de Scholz supera este escollo satisfactoriamente al proponer que el patriarcado toma una forma específicamente moderna y no está subsumido por el capital, sino que ambos son interdependientes y se condicionan mutuamente. De hecho, en realidad resulta impreciso pensar ‘capitalismo’ y ‘patriarcado’ como dos principios civilizatorios definibles en sí mismos, sino que la lógica de la escisión del valor precede y genera el ‘patriarcado productor de mercancías’ o ‘patriarcado de la forma valor’. Esta

lógica fija posiciones, efectivamente, pero no de forma arbitraria, sino siguiendo la tradición del pensamiento androcéntrico occidental y su despliegue en la modernidad con el advenimiento de la razón ilustrada. De todas formas, como no se cansa de repetir nuestra autora, se trata de una dinámica social que no debe ser interpretada de forma monista, como una verdad aplicable de forma estática e idéntica en todo lugar y tiempo. Por tanto, superar el patriarcado productor de mercancías implica abolir el valor y su escisión como principio social que crea las relaciones de producción capitalistas. Navarro Ruíz comenta:

Aquello que convierte a la ‘crítica del valor’ en ‘crítica del valor-escisión’ es precisamente la conciencia férrea de que la estructura económica no puede establecerse como un principio a partir del cual se deducen el resto de particularidades. Esto es algo que según Scholz, sucede en el marxismo, donde la contraposición base/superestructura implica una contraposición esencia/apariencia de carácter economicista (Navarro Ruíz en Scholz 2020, 49).

Por otro lado, cabe preguntarse hasta qué punto un enfoque materialista ha de ser antes que nada socioeconómico: “No veo por qué desarrollar un análisis materialista de una institución sería sinónimo de sacar a la luz sistemáticamente su ‘infraestructura económica’. Esto es válido solo en referencia a una cierta tradición marxista para la cual la única forma de objetividad social existente es la economía” (Artous 1999, s.p.). Así mismo, Scholz apunta a una confusión terminológica en la concepción de ‘dominación’ como sinónimo de ‘fetichismo’: “El concepto de patriarcado . . . ha sido eludido, o incluso negado de manera consciente, invocando el carácter fetichista de la sociedad mercantil. . . En las discusiones de *KRISIS* se ha confundido . . . el concepto de fetiche con el de dominación y, por tanto, con el concepto de patriarcado” (Scholz 2020, 34-35). A la que se suma la habitual confusión entre ‘dominación’ y ‘explotación’ que ya comentamos en el apartado terminológico.

En esta línea, Scholz critica duramente al feminismo marxista que asume con naturalidad el instrumental analítico marxiano, sin poner en tela de juicio sus limitaciones: “La teoría feminista dejó de denunciar la neutralidad sexual en los proyectos teóricos, abstrayéndose del hecho de que el hombre simplemente se establece como lo universal en las concepciones androcéntricas (que continúan constituyendo la corriente principal)” (Scholz 2011, s.p.), aunque, en cierto modo, también lo justifica cuando comenta que “la teoría feminista, en lo que se refiere a su auto legitimación teórica y

científica, se ve ante todo obligada a recurrir a elaboraciones conceptuales androcéntricas” (ibíd.). Esta última es una apreciación muy interesante que podría dar pie a un intenso debate. En cualquier caso, queda claro ya que interpretar las relaciones de género en términos de relaciones económicas única y exclusivamente, corre el riesgo de caer en graves omisiones, malinterpretaciones y distorsiones. También, de seguir pensando lo escindido como un mal menor, accidental y secundario:

La mujer como *logos*; emerge a veces en el discurso masculino, como una isla en el océano, como lo gratuito y lo inexplicable, lo que inesperadamente se encuentra sin haberlo buscado, y el discurso se configura siempre alrededor de ese islote bajo el signo de la perplejidad, de un oleaje confuso y recurrente que quiere erosionar y tiene a la vez que reconocer contornos, tallar recortes en el discurso para conceptualizarlo (Amorós 1991, 29)

Como síntesis y cierre de este apartado, retomamos los puntos esenciales de la crítica de la escisión del valor que Scholz sintetiza en *Das Geschlecht des Kapitalismus* (2000, s.p.), a saber: conforma un modelo civilizatorio completo regido por un inconsciente social patriarcalmente determinado; se limita a la modernidad, si bien el patriarcado productor de mercancías no se desarrolló uniformemente en las diversas regiones del mundo; las categorías de la economía política son insuficientes y no definen el género por analogía con la clase; la escisión no está teóricamente subordinada al valor, aunque se constata la preponderancia en la praxis social del nivel material y su lógica de ahorro de tiempo frente a la lógica de gasto de tiempo de su parte escindida; los planos material, socio-psicológico y simbólico-cultural de la sociedad deben relacionarse recíprocamente al mismo nivel; esfera privada y esfera pública están escindidas y en relación dialéctica; la construcción cultural de los géneros no es previa a la división sexual de las funciones; los cambios en las sensibilidades psicológicas de los individuos en la posmodernidad socavan los propios presupuestos del patriarcado productor de mercancías, pero sin abolir la forma del valor y su escisión; el objetivo es la superación radical del valor y su escisión, no permanecer en un reformismo cuantitativo y acrítico, lo que conlleva la abolición del trabajo reproductivo y productivo, las esferas privada y pública, y las identidades de género femenina y masculina.

Conclusiones

Hemos hecho un repaso de la crítica de la escisión del valor y el contexto en que aparece. Como hemos podido ver, se trata de una teoría ambiciosa que pretende abarcar la totalidad social (aunque sin pretenderse totalitaria), una ‘gran teoría’ en palabras de la propia autora. Para acabar, vamos a presentar dos problemáticas principales con las que nos hemos topado en los planteamientos de Scholz en cuanto a esta pretensión de metateoría y dos propuestas para su superación en este mismo marco, para pasar luego a hacer balance de las que consideramos sus principales aportaciones a los estudios feministas y sugerir algunos posibles caminos para seguir profundizando en su crítica.

Problemáticas y propuestas de resolución

Vemos dificultades en el uso que hace Scholz de ‘actividades femeninas’ para designar el trabajo reproductivo de las mujeres. El feminismo ha venido utilizando el término ‘trabajo’ para designar a las actividades reproductivas y de mantenimiento de la vida, en una decisión consciente y política, como ya señalábamos en el apartado terminológico de este trabajo, de visibilizar y desnaturalizar el trabajo de las mujeres. Nombrar una realidad es el primer paso para poder cambiarla, y en este sentido, es un logro y un primer paso irrenunciable el hecho de evidenciar el carácter cultural y construido de la asociación del trabajo reproductivo como femenino, basándose en argumentaciones esencialistas sobre la tradición y la biología que menosprecian lo femenino y explotan a las mujeres. Por el contrario, en un mundo patriarcal y capitalista que avoca a la marginación social a quien no tiene un empleo, hablar de ‘actividades femeninas’ parece aludir a algo menos ‘serio’ o ‘importante’, a ‘sus labores’, como durante el franquismo figuraba en el documento de identidad de las españolas casadas, con intencionada connotación degradante. Se reivindica el ‘trabajo de cuidados’, ‘de mantenimiento de la vida’, ‘esenciales’, etc. pero no para reclamar la ética del trabajo moderno, sino para desprestigiarlo y desplazarlo de su posición privilegiada, poniendo la vida en el centro y reclamando los cuidados como lo verdaderamente ético. Así lo expresa Kathi Weeks:

Quiero considerar ‘la vida’ como posible contrapunto al trabajo. . . . Explorar el proyecto político de ‘la vida contra el trabajo’ como una rúbrica general dentro de la cual enmarcar las distintas críticas al trabajo y de imaginarios más allá del trabajo. . . . Como modo de politizar y hacer pública la relación entre la

reproducción social y la acumulación de capital, la vida contra el trabajo ofrece una formulación potencialmente poderosa que amplía el terreno del conflicto. (Weeks 2020, 315)

Como alternativa a la expresión de Scholz, se propone el uso de ‘trabajo reproductivo’ para designar las tareas de cuidados. Además de las razones políticas aquí planteadas, en el apartado terminológico explicamos las razones por las que creemos que este término también es adecuado a nivel teórico, pues concuerda con los planteamientos de la autora. Además, el término permite también hacer referencia al trabajo público desempeñado por el Estado. Con la terminología de Scholz, no queda muy claro cómo designar este trabajo, que en términos de la crítica de la economía política no es productivo (pues no genera plusvalor, sino que es deficitario y financiado mediante impuestos) ¿Es la enseñanza o la atención sanitaria un ‘trabajo’ o una ‘actividad’? La segunda opción parecería demasiado forzada. Solventamos esta dificultad si consideramos el trabajo público estatal también como trabajo reproductivo, con la diferencia de que este se lleva a cabo en la esfera pública en lugar de la privada.

La segunda problemática consiste en la caracterización que Scholz hace de lo escindido como esencialmente ‘femenino’, y el valor como esencialmente ‘masculino’. Es decir, se concibe la lógica de la escisión del valor como un principio o una dinámica social basada en la división sistemática de la realidad social según el par generizado masculino-femenino. Además de las dificultades que presenta esta clasificación dicotómica a la hora de pensar la teoría de Scholz en relación con las nuevas identidades de género no binarias en la posmodernidad, su fundamento en el género dificulta plantear otras discriminaciones, como la LGTBIfobia, la racialización, el capacitismo, el edadismo, el especismo, la gordofobia, etc. en el mismo nivel de abstracción, como parte de una misma metalógica fundamental, sino que aparecen como contradicciones particulares en el nivel sociológico, y no insertas en el plano socioeconómico y los demás planos de manera estructural.

La teoría de la escisión del valor . . . solo se mantiene fiel a sí misma en su crítica de la lógica de la identidad . . . Y eso quiere decir también que . . . ha de hacer sitio a otras formas de discriminación social (disparidades económicas, ser víctima de racismo y antisemitismo) y tratarlas en igualdad de condiciones a nivel teórico (Scholz 2020, 139-140).

No queda claro en esta cita si Scholz se refiere a que esas discriminaciones forman parte de la metalógica de la escisión del valor, o si considera que constituyen sus propias lógicas autónomas, en relación discursiva con la escisión del valor al mismo nivel de abstracción. Sin embargo, como ya vimos en el apartado 4.2., siguiendo el principio de alteridad de Beauvoir es posible concebir la lógica de la identidad en un sentido amplio como principio discriminador entre el sujeto y ‘lo otro’ escindido, de forma que ‘lo otro’ pueda incluir divisiones de todo tipo y no solo de género. Por ejemplo, en el contexto de la crítica decolonial, Aníbal Quijano (1992, 14) considera que la estructura colonial de poder está basada en el *conocimiento racional europeo*. Un conocimiento producto de una relación sujeto-objeto que exagera las diferencias, es individualista y no tiene en cuenta la influencia de la intersubjetividad y de la totalidad social en la producción del conocimiento. Y añade:

La estructura colonial de poder produjo las discriminaciones sociales que posteriormente fueron codificadas como ‘raciales’ . . . [y] asumidas como categorías, . . . es decir como fenómenos naturales y no de la historia del poder. . . . Dicha estructura de poder, fue y todavía es el marco dentro del cual operan las otras relaciones sociales, de tipo clasista o estamental (Quijano 1992, 12).

Vemos muchos puntos de unión con los planteamientos de Scholz. Este concepto de ‘estructura colonial de poder’ es muy similar a la lógica de la escisión del valor, en tanto que ambos se basan en un principio discriminador ‘sujeto-objeto’. Además, el autor habla acerca de discriminaciones asumidas como categorías, lo que, en la teoría de Scholz, equivaldría a la lógica de la escisión del valor actuando en el plano simbólico-cultural. Pero quizás lo más interesante aquí es la idea de que en la estructura de poder operan también ‘otras relaciones sociales, de tipo clasista o estamental’. Esto da pie a considerar la lógica de la escisión del valor también en ese sentido más amplio, como principio que crea clasificaciones o discriminaciones jerárquicas de todo tipo, y no solo de género. En el patriarcado productor de mercancías, dicho principio –que opera en todos los planos y ámbitos de la sociedad– crearía jerarquías destinadas a facilitar (o no entorpecer) la acumulación de plusvalor, o, empleando una expresión de Adorno, crearía jerarquías de poder siguiendo una razón instrumental cuyo fin es la acumulación de plusvalor.

Dicho esto, nos aventuramos a ir un paso más allá y proponer, en consonancia con la intención de ‘gran teoría’ de la crítica de Scholz, el potencial del término ‘patriarcado’

para designar ese principio de identidad o principio discriminador, que en su versión moderna toma la forma de escisión del valor. Muy brevemente: haciendo un repaso de la familia léxica del término, nos encontramos con el *pater familias* romano. El relato histórico nos dice que, como jefe de la casa, el *pater familias* tenía autoridad absoluta sobre la esposa, la descendencia, las esclavas y esclavos, el terreno y los animales. A su vez, entre estos se daban distintos grados de poder (la esposa mandaba sobre las esclavas, el hijo varón primogénito tenía una posición privilegiada respecto al resto de descendientes, etc.), estableciendo así un sistema de relaciones de poder jerárquicas complejas y múltiples. Así entendido, el término ‘patriarcado’ podría servir para designar todo tipo de relaciones de dominación, y no solo aquellas del hombre sobre la mujer. Además, este patriarcado en sentido amplio no conformaría una categoría transhistórica y estática, sino un proceso histórico, una dinámica social discriminadora enraizada en el principio de identidad del pensamiento clásico.

Principales aportaciones y posibles vías de investigación

Una gran aportación de Scholz es el señalamiento del androcentrismo y el reduccionismo materialista en la crítica del valor y el marxismo en general, y cómo el feminismo marxista es ciego a este hecho cuando trata de aplicar el instrumental teórico marxiano al análisis de género de forma acrítica. En esta línea, también resulta interesante la crítica que hace al feminismo marxista basado en la lucha de clases, en concordancia con un ‘marxismo tradicional’ que ella critica, así como la valoración positiva y legitimación del mundo del trabajo que desde estos marxismos suele darse. Resulta también muy interesante la crítica a la ontologización de los términos ‘patriarcado’ y ‘trabajo’ en el feminismo, y en general a la conceptualización transhistórica de la terminología, y cómo el hecho de tener en cuenta la radical historicidad de los conceptos transforma la teorización. Otro aporte de Scholz es la aplicación de la idea del límite interno del capitalismo en el feminismo, que la autora desarrolla como ‘asalvajamiento’ y crisis del patriarcado productor de mercancías en el momento actual. Por último, su propuesta resulta interesante para las corrientes del feminismo que buscan una explicación unitaria para aprehender la relación entre capitalismo y patriarcado.

En cuanto a posibles maneras de seguir pensando las ideas de Scholz, son muchas y diversas, dado su carácter de metateoría. Una que nos parece de especial interés es la posibilidad a la que aludimos arriba de elaborar un análisis del concepto de patriarcado

entendido en sentido amplio como proceso civilizatorio androcéntrico de dominación jerárquica múltiple, y no solo del hombre sobre la mujer, lo que abriría nuevos caminos para la crítica de la escisión del valor. La escisión no solo estaría asociada a la esfera femenina, sino que variables como la raza, edad, orientación sexual, etc. cabrían en el análisis al mismo nivel de abstracción en tanto que momentos de lo escindido. Otras posibles vías de investigación que podemos enunciar aquí son: Desde la teoría queer, puede resultar interesante desarrollar la idea de la autora acerca de las identidades monogénero en la posmodernidad en crisis. También podría ponerse en diálogo la escisión del valor con la crítica decolonial, como ya vimos muy brevemente. Desde la epistemología feminista, sería interesante contrastar la crítica a la transhistoricidad que hace Scholz con la noción de conocimiento situado de Donna Haraway. Como última propuesta, cabría explorar hasta qué punto aplicar la crítica de la escisión del valor a ámbitos concretos puede influir su teorización, como la prostitución y la trata de personas, o la violencia machista en la unidad familiar, que afectan tanto al plano socioeconómico como al plano socio-psicológico y socio-cultural. Como vemos, es una teoría original con gran potencialidad de desarrollo en ámbitos muy variados del feminismo. En una época donde la investigación parece huir de los grandes relatos en favor de epistemes diversas y saberes desde los márgenes, Scholz va a la contra de cualquier convencionalismo. Más allá de entrar a juzgar la validez de esta posición ante la complejidad de nuestro presente, hay que reconocer el arrojo de una autora que no ha dudado en denunciar la supuesta neutralidad de una teoría androcéntrica como es la crítica del valor, sin más apoyos que confrontar su propia teoría, en un contexto masculino hostil al feminismo. En sí, la idea de ‘gran teoría’ resulta inspiradora, ya no en el sentido de una vuelta a los modelos de explicaciones únicas, sino en tanto que su sola postulación es un gesto sincero y ácrata que nos invita a pensar de forma ambiciosa y desafiante.

Referencias

- Alfieri, Joaquín. 2022. "Los puntos ciegos del marxismo: un análisis de Silvia Federici, Nancy Fraser y Roswitha Scholz". *Revista Pilquen. Sección Ciencias Sociales* 25 (2): 160-183.
- Amorós, Celia. 1991. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.
- Artous, Antoine. 1999. *Opresión de la mujer y capitalismo*. Último acceso: 18 de Mayo de 2023. <https://vientosur.info/opresion-de-la-mujer-y-capitalismo/>.
- Ascunce Parada, Daniel. 2017. *Un marxofeminismo sin clases: la teoría de la disociación del valor de Roswitha Scholz*. Universidad del País Vasco: Tesis de Máster.
- Beauvoir, Simone. 2005. *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- Catalina, Cristina. 2021. "Roswitha Scholz: Capital y patriarcado. La escisión del valor". *Constelaciones. Revista de teoría crítica*. 13: 627-646.
- Cobo Bedía, Rosa. 2005. "El género en las ciencias sociales". *Cuadernos de trabajo social* 18: 249-258.
- Cuadernos de negación. 2019. "Notas sobre patriarcado". *Cuadernos de negación* (13).
- Ferguson, Susan. 2020. *Mujeres y trabajo. Feminismo, trabajo y reproducción social*. Sylone y Viento Sur.
- Fraser, Nancy, Cinzia Arruzza, y Tithi Bhattacharya. 2019. *Manifiesto de un feminismo para el 99%*. Barcelona: Herder.
- Grupo Krisis. 2018. *Manifiesto contra el trabajo*. Barcelona: Virus.
- Hartmann, Heidi. 1979. "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo". *Papers de la Fundació* (Fundació Rafael Campalans) (88). Último acceso: 15 de mayo de 2023.
- Jappe, Anselm. 2011. *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Logroño: Pepitas de calabaza ed.
- 2016. "Hacia una historia de la crítica del valor". *Nombres* (30): 107-126.
- Martínez Domínguez, Irene. 2016. "La fuerza política de la teoría del valor-escisión de Roswitha Scholz". *Daimon. Revista Internacional de Filosofía* (5): 699-704.
- Navarro Ruiz, Clara. 2016. "Analogías. Apuntes sobre la performatividad del cuerpo político en Judith Butler y la economía política". *Análisis* 3 (1): 81-110.
- 2019. *Mientras caemos. Fundamentos para una crítica interseccional del capitalismo a partir de sus límites como sistema civilizado*. Tesis doctoral no publicada. Universidad Complutense de Madrid.
- Partido Feminista de España. 2020. *Tesis del Partido Feminista de España*. Último acceso: 2023 de mayo de 18. <https://partidofeminista.es/tesispartidofeminista/>.
- Pateman, Carole. 1995. *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.
- Pensamiento inútil. 2013. *La queer ha tenido su momento*. Último acceso: 15 de mayo de 2023. <https://inutil.home.blog/2021/04/19/la-queer-ha-tenido-su-momento/>.
- Picchio, Antonella. 2009. "Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas". *Revista de Economía Crítica* (7): 27-54.

- Postone, Moishe. 2006. *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons.
- Scholz, Roswitha. 2000. "El sexo del capitalismo. Teorías Feministas y Metamorfosis Posmoderna del Patriarcado". *obeco-online.org*. Último acceso: 18 de febrero de 2023. http://www.obeco-online.org/roswitha_scholz_es6.html.
- 2008. "It's the Class, Stupid? Declassification, Degradation, and the Renaissance of the Concept of Class". *exitinenglish.com*. Último acceso: 18 de febrero de 2023. <https://exitinenglish.com/2022/02/07/its-the-class-stupid/>.
- 2009. "Patriarchy and Commodity Society: Gender without the Body". *Mediations. Journal of the Marxist Literary Group* 27 (1-2): 123-142.
- 2011. "O tabu da abstração no feminismo: Como se esquece o universal do patriarcado produtor de mercadorias". *obeco-online.org*. Último acceso: 26 de abril de 2023. http://www.obeco-online.org/roswitha_scholz15.htm.
- 2012. "Simone de Beauvoir hoje. Notas críticas sobre uma clássica do feminismo". *obeco-online.org*. Último acceso: 18 de febrero de 2023. http://www.obeco-online.org/roswitha_scholz16.htm.
- 2013. "El 'patriarcado productor de mercancías'. Debate con Roswitha Scholz". *traficantes.net*. Último acceso: 18 de febrero de 2023. <https://traficantes.net/node/148344>.
- 2019. "¡Fuera holgazanas! Sobre la relación de género y trabajo en el feminismo". En *El patriarcado productor de mercancías y otros textos*, 73-104. Santiago: Quimera Ediciones y Editorial Pensamiento & Batalla.
- 2019b. "El sexo del capitalismo. Apuntes sobre las nociones de 'valor' y de 'disociación-valor'". En *El patriarcado productor de mercancías y otros textos*, 55-72. Santiago: Quimera Ediciones y Editorial Pensamiento & Batalla.
- 2020. *Capital y patriarcado. La escisión del valor*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- 2021. "El valor y los 'otros'. Correcciones desde la crítica de la disociación del valor a la teoría de Moishe Postone". *Bajo el Volcán* 2 (4): 71-97.
- 2021b. *Luta das mulheres = Luta de classes como resposta à crise fundamental? O género mais uma vez como contradição secundária!? Crítica do manifesto 'Feminismo para os 99%'*. Último acceso: 18 de mayo de 2023. http://www.obeco-online.org/roswitha_scholz36.htm.
- Torres Gaxiola, Andrea. 2022. "Una introducción a la teoría feminista de Roswitha Scholz: el patriarcado capitalista de la forma valor/escisión". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* LXI (161): 87-98.
- von Bosse, Hanns, Petra Haarmann, Brigitte Hausinger, y Claus Peter Ortlieb. 2004. *Sobre la escisión del Grupo Krisis*. Último acceso: 18 de mayo de 2023. <https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=transnationales&index=4&posnr=24>
- von Werlhof, Claudia. 1988. "The Proletarian is Dead: Long Live the Housewife!" En *Women: The Last Colony*, 168-181. London: Zed Books.
- Weeks, Kathi. 2020. *El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*. Madrid: Traficantes de sueños.